

Las apelaciones al pasado durante la Guerra Civil o la imposibilidad de una historia neutra

JOSÉ MARÍA GÓMEZ HERRÁEZ
Universitat Jaume I
jmgomez@uji.es

RESUMEN

La guerra de 1936-1939 no significó simplemente una orientación propagandística de la historia. La observación del pasado sirvió para estimular de distintas formas el espíritu de combate, resistencia y colaboración interna, pero también las transformaciones socioeconómicas e institucionales en cada zona influyeron en la selección de temas, en los silencios y en las interpretaciones. Además, existían variaciones en función del medio de expresión. En este examen se contextualizan y comentan las perspectivas seguidas en algunos trabajos agrupados en cuatro categorías. Tres corresponden a la zona republicana: textos de inspiración liberal-democrática, de tipo obrerista y de tipo catalanista. De la zona controlada por los sublevados se observan las intervenciones en un curso para maestros.

Palabras clave: Guerra civil - Ideologías - Historiografía - Enseñanza de la Historia - Uso Público de la Historia

LES APEL·LACIONS AL PASSAT DURANT LA GUERRA CIVIL O LA IMPOSSIBILITAT D'UNA HISTÒRIA NEUTRA

RESUM

La guerra de 1936-1939 no va significar simplement una orientació propagandística de la història. L'observació del passat va servir per estimular de diverses maneres l'esperit de combat, resistència i col·laboració interna, però també les transformacions socioeconòmiques i institucionals a cada zona van influir en la selecció de temes, en els silencis i en les interpretacions. A més, existien variacions en funció

Data de recepció: 17/11/2019
Data d'acceptació: 22/11/2020

del mitjà d'expressió. En aquest examen es contextualitzen i comenten les perspectives seguides en alguns treballs agrupats en quatre categories. Tres corresponen a la zona republicana: textos d'inspiració liberal-democràtica, de tipus obrerista i de tipus catalanista. De la zona controlada pels revoltats s'observen les intervencions en un curs per a mestres.

Paraules clau: Guerra Civil - Ideologies - Historiografia - Ensenyament de la Història - Ús Públic de la Història

THE APPEALS TO THE PAST DURING THE SPANISH CIVIL WAR OF
1936-39 OR THE IMPOSSIBILITY OF A NEUTRAL HISTORY

ABSTRACT

The Spanish War of 1936-1939 did not simply mean a propaganda orientation of history. The observation of the past served to stimulate in different ways the spirit of combat, resistance and internal collaboration. However also the socio-economic and institutional transformations in each area influenced the selection of themes, the omissions and the interpretations. In addition, there were variations depending on the medium of expression. This review contextualizes and comments on the perspectives followed in works grouped into four categories. Three of these correspond to the republican zone: texts of liberal-democratic inspiration, of type "workerist" type and of "catalanist" type. In the area controlled by the rebels, we present interventions in a course for teachers.

Keywords: Spanish Civil War - Ideologies - Historiography - History Teaching - Public Use of History.



Se encuentra muy arraigada la idea de que, durante la guerra civil, la historia experimentó en ambas zonas desfiguraciones ligadas al interés propagandístico que impregnó el discurso político y el sistema educativo.¹ Se advierte, bajo estas perspectivas, un tono panfletario que impide cumplir con esa premisa «irrenunciable» en la creación y divulgación científicas de basarse en la verdad. En este trabajo no pretendemos tanto sopesar los posibles niveles de empobrecimiento y desvirtuación de los contenidos históricos como colegir el modo en que las nuevas circunstancias propiciaron verdaderamente cambios de dirección o matices de apreciación en las distintas instancias rectoras y transmisoras del pasado (historiografía, educación, discurso político...). Sin negar que la búsqueda de adhesión y estímulo, como también el enervamiento vivido, no suponía el mejor ambiente para la reflexión serena, tampoco cabe pensar en situaciones donde el contexto y la ideología no influyan en lo planteado, con sus dificultades inherentes tanto para conciliar como para confrontar posiciones. La selección de temas, interrogantes, conceptos, datos y pruebas, la adopción de una u otra vía interpretativa, los juicios de valor explícitos o tácitos... resultan aspectos consustanciales a cualquier

¹ M. de Puelles, por ejemplo, afirmaba del área franquista que, «al igual que sucede en la zona republicana, la enseñanza va a ser informada totalmente por valores ideológicos» (*Educación e ideología en la España contemporánea*, Labor, Barcelona, 1991, p. 366). Sobre esta segunda, Villalaín Benito percibía tal camino como acaso inevitable: «El libro de texto se hace ahora beligerante y se convierte en instrumento de dominación y adoctrinamiento del niño; su supuesta neutralidad ideológica desaparece» («Introducción», en *Manuales escolares en España*, UNED, Madrid, 2002, t. III, p. 17).

consideración o análisis históricos, como también ocurre en otros campos. En el seguimiento indispensable de unas pautas ideológicas, profesionales y emocionales, los cambios contextuales influyen de forma directa o indirecta, incluyendo la posible inducción a encerrarse en una torre de marfil para respirar aires de erudición (por ejemplo, por evasión o para proseguir un camino profesional). Aun en esta última tesitura, además, es difícil que los textos producidos se libren de experimentar filtraciones de la atmósfera envolvente, aunque siempre a través del cedazo de esquemas previos.

En reflexiones sobre «usos públicos de la historia», G. Pasamar² juzgaba «inagotables» las posibilidades actuales de representación del pasado en relación con distintas prácticas sociales y políticas, tanto más por incorporarse novedades audiovisuales, hasta contemplar incluso objetivos de consumo y nostalgia. Las transformaciones socioeconómicas, políticas, culturales y técnicas que explican ese cuadro venían desarrollándose desde el siglo XIX, por lo que ya en la década de 1930 la variedad era marcada (enseñanza, biografías, novela histórica, evocaciones políticas, etc.). En realidad, la propia existencia y contraposición de clases sociales supone el desarrollo de ideologías que promueven usos racionales y emocionales del pasado y, en particular, en situaciones convulsas, la historia ofrece gran potencial como arma dialéctica, como bandera de identificación y estímulo y, en cierta medida, como escudo protector o refugio.

En nuestro marco, nos interesa observar la incidencia en las concepciones históricas de algunos factores no disociados entre sí: el objetivo de ganar la guerra, los cambios socio-económicos e institucionales en cada zona y las tensiones internas, más ostensibles en la republicana. De forma simplificada distinguiremos cuatro espacios heterogéneos para detenernos en algunos textos por su representatividad o sus matices. A la zona republicana corresponden tres secciones: la primera, referida al historiador liberal José Deleito; la segunda, sobre líneas dentro de la izquierda obrera (Federica Montseny, Andreu Nin y unos folletos editados por el PCE), y la tercera, sobre textos de índole catalanista, especialmente una llamada a los combatientes y un estudio de Ferran Soldevila. Del área ocupada observaremos el tratamiento de la historia en un cursillo para maestros celebrado en Pamplona en junio de 1938, donde confluyeron distintos idearios de base.

Para calibrar el modo como la guerra pudo suponer en cada línea una «refracción», concepto probablemente más apropiado que «inflexión», incluiremos también en cada apartado textos anteriores a julio de 1936. La consideración global de varias fuentes, desde muy conocidas a inéditas, permite ampliar perspectivas, establecer contrastes y vislumbrar cómo unos esquemas reflexivos, anteriores o coetáneos, podían repercutir sobre otros, bien por emulación o por provocación. Sin embargo, la diversidad de conceptos empleados —a los que nos ceñiremos parcialmente al abordar cada caso— revela la distancia o inconmensurabilidad entre unos y otros modelos de pensamiento histórico y la dificultad, por tanto, de establecer conexiones y comparaciones a partir de referentes comunes.

² G. Pasamar: «El “uso público de la historia”, un dominio entre la urgencia y el descontento», en C. Forcadell y otros (eds.): *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2004, p. 17.

HISTORIA PARA LA PAZ Y PARA LA RESISTENCIA EN UN AUTOR LIBERAL: JOSÉ DELEITO

En nuda defensa del sistema democrático comenzamos valorando dos textos con similar tema, en medios distintos, de José Deleito, historiador que, sin afiliarse a ningún partido ni ocupar cargos públicos, había manifestado una actitud política liberal y una congratulación con el reformismo socialista. Formado en Madrid bajo influjo de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), impartió clases de Historia Antigua y Medieval en Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia desde 1907 hasta la interrupción producida durante la guerra, si bien su labor investigadora se concentró en las edades moderna y contemporánea. Su depuración tras 1939, aunque parcialmente revisada, supuso su retirada de la docencia y una dedicación exclusiva a indagar sobre formas de vida del siglo XVII. Además de reflexionar sobre enseñanza e historiografía tanto en trabajos académicos como periodísticos, escribió también sobre literatura, teatro, arte, viajes, política, fiestas y tantos otros temas, por lo que proyecta una imagen de verdadero polígrafo.³

Del último curso que dio Deleito en condiciones de normalidad, durante 1935-36, se conservan cuatro cuadernos de apuntes del alumno Vicente Hervás Roselló donde consta su concepción y valoración de la historia.⁴ Él relacionaba el rango científico de esta especialidad con la aproximación máxima a la verdad mediante el uso respetuoso de fuentes, actitud cuyo origen situaba en el siglo XVIII, al cuestionarse la historia anterior como «crédula, subjetiva, apasionada, abstracta y retórica». El análisis debía desmontar leyendas y mitos que, aunque ayudaban a rastrear la verdad y conocer la psicología colectiva, suponían marcadas tergiversaciones. La elocuencia resultaba, para él, oportuna, pero rechazaba las composiciones floridas y altisonantes que sólo perseguían efectos artísticos y lucimiento verbal. Aunque no pudiera erradicarse en plenitud, también debía disminuirse al máximo esa derivación suprema del subjetivismo que era el apasionamiento. Si bien ya en otros países habían aparecido teóricos que subrayaban los aspectos «constructivos» y «convencionales» de las ciencias frente a una captación pura de la verdad, para Deleito cabía avanzar en la supresión de criterios personales al afrontar el pasado (cuaderno 1, pp. 19-20):

No era solamente el apasionamiento religioso, sino también el político; el historiador, al juzgar los sucesos, los personajes y las instituciones lo hacía según el criterio de la escuela en que militaba. Había una historia monárquica, otra republicana, etc. Este apasionamiento no ha desaparecido con el siglo XVIII, hoy no todos los historiadores están exentos. Es muy difícil ser hombre desapasionado, tener una idea y desprenderse de ella. Sin embargo, se ha progresado mucho. Actualmente hombres de distinta ideología pueden coincidir, pueden objetivar el hecho.

En algunas lecciones Deleito alude a versiones históricas distintas según las ideas religiosas o laicas profesadas. En su propia época, observa que desde el sector católico se estaba trastocando la visión de la masonería como antes el cristianismo había sido acusado con falsedades por las fuerzas resistentes a su propagación. Otro factor que modelaba las interpretaciones era

³ Así lo refleja la antología de textos reunida por I. M. Gallardo Fernández (*José Deleito y Piñuela y la renovación de la historia en España*, Universitat de València, Valencia, 2005).

⁴ Las ideas de estas clases han sido abordadas por J. M. Gómez Herráez en «La historia que planteaba José Deleito en el aula (Facultad de Filosofía y Letras de Valencia, curso 1935-36)», *Pasado y Memoria*, 21 (2020), pp. 41-72. Aquí, profundizamos en aspectos de interés para situar mejor sus intervenciones inmediatas en el contexto tan distinto de la guerra.

el patriótico, que él celebraba como instrumento de conocimiento y de apreciación, pero lamentaba como impulsor de deformaciones históricas, sobre todo tratando de enaltecer el propio país y minusvalorar los restantes. No era sólo en cultura, economía y otros campos de la llamada «historia interna» o «de la civilización» donde se destacaba el papel de la nación, sino también, especialmente, en la faceta agresiva de las guerras, los héroes y cuanto componía la «historia externa» o factual. Cada país se definía históricamente por sus victorias y su posición internacional frente a otros. La verdad quedaba escamoteada, no necesariamente mediante la llana falsedad, sino por resultar incompleta, por ejemplo resaltando sólo triunfos y heroicidades en el país propio y fracasos en otros. Él señalaba algunos ejemplos que incluían España tanto en sentido de exaltación interior como de denigración exterior (leyenda negra), pero era en la Alemania anterior a la «gran guerra» donde subrayaba el fenómeno, que suponía colocar este país en el centro del mundo, incluso en épocas en que permanecía en «la barbarie» frente al mayor desarrollo cultural de otras partes de Europa. Los efectos derivados de estas operaciones propagandísticas de distorsión y desdén hacia otros pueblos resultaban muy lesivos por afectar tanto a las conciencias más sutiles de la infancia, mediante los programas educativos, como al conjunto de la población a través de canales indirectos como periódicos, lecturas y la propia conversación. La magnitud de la hecatombe de 1914-18 habría contado con ese caldo de cultivo, por lo que su conclusión es tajante (cuaderno 1, p. 56): «Esa historia difusa forma la opinión pública y determina todo un estado espiritual que se traduce en cosas tan graves como son los choques entre los pueblos».

Mediante estas reflexiones en clase, como en prensa, Deleito se introducía en una de las cuestiones más debatidas entre 1919-39 a propósito de la historia: su posible papel en la paz internacional.⁵ La responsabilidad atribuida a esta asignatura en el fomento de un patriotismo victimista y agresivo promovió grupos de discusión, encuentros internacionales y publicaciones sobre su valor en la enseñanza.⁶ Aunque se escucharon incluso peticiones a favor de su supresión, primó la idea de redirigirla hacia el respeto y la colaboración internacionales. Deleito evocaba en el aula el respaldo a esta última orientación por la Sociedad de Naciones, el papel de Rafael Altamira y las aportaciones en sucesivos congresos de «pedagogos, moralistas, ministros de todas las religiones menos la católica». Frente a aquella historia factual donde la faceta bélica derivaba fácilmente en belicista, cabía resaltar las contribuciones de cada país al progreso general. De tal nueva tónica escapaba, de nuevo, la Alemania de los últimos tiempos: el «pacifismo historiográfico» de la república de Weimar había sido sustituido –mantenía él con desasosiego, en referencia al nazismo– por un nuevo modelo nacionalista combativo más insinuado que bajo el imperialismo prebélico de Guillermo II.

Estos planteamientos sobre la necesaria neutralidad de la historia y a favor de la paz universal no fueron óbice para que, al producirse la sublevación militar, Deleito defendiera resueltamente la causa republicana y colocara su formación al servicio de la misma. Por un lado, puso su firma en llamamientos de intelectuales: uno en junio de 1937, para concitar el rechazo internacional

⁵ I. Palacio Lis: *Moral, pacifismo e historia: implicaciones educativas en una Europa en crisis, 1900-1930*, Universitat de València, Valencia, 1982; L. P. Martín Martínez: «Una historia para la paz. Usos, orientaciones y revisiones históricas del pacifismo europeo (1899-1939)», en C. Forcadell y otros (coords.): *Usos públicos de la historia*, I, Facultad de Filosofía y Letras, Zaragoza, 2002, pp. 156-169.

⁶ Como *El espíritu internacional y la enseñanza de la historia* (Espasa-Calpe, Madrid, 1932), que recogía intervenciones de un congreso de educación moral celebrado diez años antes en Ginebra.

contra las incursiones italianas y alemanas sobre ciudades abiertas y barcos de transporte;⁷ otro en marzo de 1938, poco después de que las tropas rebeldes recuperaran Teruel y cundiera el desánimo.⁸ Por otra parte, trató de reforzar la motivación popular recurriendo a la historia a partir de su propia producción investigadora. Lo hizo, en concreto, asimilando en distintos medios el golpe antirrepublicano de julio de 1936 al decreto de Fernando VII de mayo de 1814 contra el sistema constitucional diseñado en Cádiz. Este último episodio había sido estudiado por él en sus inicios dentro del Centro de Estudios Históricos, donde en 1911, en el seminario organizado por Altamira, presentó una memoria titulada *Fernando VII en Valencia el año 1814. Agasajos de la ciudad. Preparativos para un golpe de estado*. En un artículo periodístico de agosto de 1936,⁹ que sería utilizado como prueba en su depuración, Deleito retomó aquella temática para establecer la señalada equiparación aprovechando un hecho simbólico: aquel decreto del «rey felón» había sido firmado en el palacio valenciano de Cervellón, edificio que sirvió de sede a la CEDA y que el partido comunista acababa de incautar para destinarlo a casa social para grupos republicanos y populares. En mayo de 1937, por elección de los organizadores entre los temas que él propuso, volvía a realizar la misma comparación en dos lecciones de un cursillo de extensión cultural, pronto convertidas en un artículo universitario.¹⁰

Las coincidencias entre los dos textos son notables, si bien en el segundo es mayor la consideración de la base social y de los más conspicuos impulsores de la involución de 1814. En ambos casos, Deleito denuncia sin ahorrar calificativos ni matices el modo como se gestó y desarrolló aquella iniciativa. De regreso de Francia, tras pasar por Cataluña y Aragón, no es por casualidad que fuera en Valencia donde se adoptó la decisión, dado que ocupaba la capitanía el general Elío, consumado absolutista, aunque convergieron personajes de diversas procedencias motivados por similar ideología y por la posibilidad de beneficios y sinecuras. El Manifiesto de los Persas, aunque ya innecesario, provenía de los diputados absolutistas madrileños. «Tradicionalistas fanáticos» y «arribistas de toda calaña» hallaron gran seguimiento entre las masas para triunfar sin complicaciones en su conjura salpicada de conciliábulos. En los cuarteles algunas dádivas atrajeron el favor de los soldados. Toda una parafernalia de actos acompañó al rey por Valencia, como después a su paso por las llanuras manchegas hasta Madrid. En su balance, que hacía abstracción de los cambios socioeconómicos y políticos entre ambas fechas, la «obra liberticida» de 1814 constituía un antecedente de la intentada en julio de 1936.

Como diferencia, si en un medio más divulgativo como la prensa Deleito apenas pasa de recordar que en 1814 el respaldo al decreto absolutista fue masivo, en la segunda intervención explica este aspecto sin tapujos y con ejemplos gráficos muy característicos de sus clases. Aclaraba que las ideas liberales eran aceptadas sólo por una minoría de mayor enjundia intelectual integrada por algunos burgueses, sobre todo abogados, y una pequeña porción de aristócratas, clérigos y militares. Pero el grueso del clero y la nobleza se oponía a reformas que iban a minar

⁷ Reproducido en los periódicos madrileños *El Sol* y *Ahora*, 6-junio-1937. Aparte del daño recibido, bajo el humanitarismo ampliamente preconizado en la zona republicana resultaba inasimilable la táctica de una guerra total que incluyera el bombardeo urbano.

⁸ Se secundaba en este caso la propuesta del jefe de gobierno, Juan Negrín, en búsqueda de apoyo interior y exterior a la «España aherrojada por el fascismo» (reproducido en el rotativo valenciano *La Hora*, 1-marzo-1938). Se trataba del momento crítico en que, para Indalecio Prieto y Azaña, resultaba clara la imposibilidad de ganar la guerra y se hacía necesario negociar la rendición.

⁹ «El palacio de Cervellón, incubador del primer golpe de estado contra la libertad, en poder del pueblo», *El Mercantil Valenciano*, 23-agosto-1936. Reproducido por Gallardo Fernández, *José Deleito...*, ya cit., pp. 429-433.

¹⁰ «El primer golpe de estado contra el régimen constitucional de España (Valencia, 1814)», *Anales de la Universidad de Valencia*, segunda época, 2E, 1 (1937), pp. 81-118.

sus privilegios, mientras las capas populares, simplemente poco instruidas, aparecían guiadas por dos sentimientos políticos, «el odio a los franceses y el amor irreflexivo a Fernando VII». Entre sus imágenes expresivas, recuerda que en El Grao la «plebe» fue fácilmente azuzada para protestar y destruir la lápida constitucional; en Chinchilla, al paso del monarca, incluso las damas competían por «uncirse de bestias» al coche real para arrastrarlo. No se trataba, verdaderamente, de imágenes «edificantes» para incorporar en *El Mercantil Valenciano*. Lo que incluía aquí para poder asimilar felizmente el comportamiento popular en ambas épocas eran unas actitudes heroicas de resistencia por razones distintas: en el primer caso, frente «al imperialismo militarista de Napoleón»; en el vivido, ahora sí, ante los militares sublevados contra el orden constitucional.

En definitiva, si Deleito había mostrado interés en el final del primer régimen constitucional, durante la guerra trató de darle un sentido práctico a favor de la causa republicana, sin que supongan inconveniente su pacifismo ni su creencia en una ciencia no partidista. Se trataba de una historia narrativa distinta a la tradicional, dada la importancia explicativa que, más allá de las personalidades, adquirirían factores sociales, instituciones y mentalidades. En 1935 había combinado también distintos aspectos en *El rey se divierte*, sobre la vida ostentosa y dilapidadora de Felipe IV, aunque después, bajo el marco dictatorial, prosiguió su proyecto sobre vida cotidiana en el siglo XVII con menor trasfondo de crítica política.

TENDENCIAS OBRERISTAS. LOS MOVIMIENTOS SOCIALES COMO LECCIÓN

En este apartado observaremos visiones desde tendencias que podemos agrupar como obreristas, con diferencias en sus enfoques históricos, pero coincidentes en su atención sobre los movimientos sociales. Frente a la lentitud con que en el medio académico se incorporaban estos temas, el impulso asociacionista obrero y la creciente politización impulsaron un tratamiento mayor y más comprometido. La persistencia del analfabetismo, los precios de libros y revistas, la mayor atracción de otras alternativas de ocio y de literatura de evasión no favorecían la difusión de lecturas de este tipo, si bien, sus posibilidades mejoraron después de 1931, al impulsarse bibliotecas locales, ateneos y precios más módicos.¹¹ En particular, aparecieron secciones de prensa y colecciones de fascículos sobre movimientos sociales y políticos, con *Historia universal del proletariado*, elaborado en los años veinte en Barcelona bajo inspiración anarquista, como precedente significativo. De principios de los treinta son las «historias populares» de las revoluciones francesa y rusa promovidas por el editor ideológicamente camaleónico Jiménez Letang. En la revista valenciana *Orto*, desde su aparición en 1932 hasta su interrupción en 1934,

¹¹ Existen diferencias al justipreciar las mejoras efectivas en niveles culturales y prácticas lectoras entre las clases populares: la valoración muy favorable de G. Santonja Gómez-Agero (*La República de los libros. El nuevo libro popular de la II República*, Anthropos, Barcelona, 1989) contrasta especialmente con la escéptica de H. Escolar Sobrino (*La cultura durante la guerra civil*, Alhambra, Madrid, 1987). Durante la guerra resultaron perjudiciales los trastornos en comunicaciones y la insuficiente disponibilidad de papel (S. Seguí Francès: «El libro y el arte en la Valencia de la guerra», *La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, 12, 2007, pp. 31-71). Escolar Sobrino considera mayores las limitaciones en la zona franquista, con menor infraestructura editorial y manifiesta desconfianza en la cultura crítica.

figuró una sección de Ángel Pestaña, «Historia de las ideas y de las luchas sociales en España», centrada en el asociacionismo anarquista. Son los años también de mayor difusión de la obra de Marx-Engels y, en general, de publicaciones de «ideologías de signo inconformista».¹²

Si en etapas de paz los contenidos de historia social constituían un acicate para movilizar a los trabajadores e impulsar formas asociativas, durante la guerra actúan como instrumento para avivar el espíritu combativo, no desfallecer ante los contratiempos y seguir determinadas pautas ideológicas. La colaboración para hacer frente a unos sublevados que, con sus apoyos sociales, son usual y llanamente englobados como «fascistas», constituye objetivo repetido. Pero las distintas posturas ante la colectivización, el papel de los sindicatos, los poderes locales y otros campos del dilema entre reforma o revolución introducen también juicios y selecciones particulares al historiar los movimientos sociales. Tres espacios textuales de cualidades distintas permiten comparar relativamente posiciones: un discurso de la líder anarquista Federica Montseny en Valencia sobre la Comuna parisina de 1871; varios escritos de Andreu Nin, fundador con Joaquín Maurín del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), y la serie de fascículos promovida entre 1936-37 por el PCE, *Historia de las revoluciones sociales*, como comienzo de una «biblioteca del pueblo».

1. FEDERICA MONTSENY: LA COMUNA DE PARÍS (1937)

El discurso de la entonces ministra de Sanidad sobre la Comuna de París, pronunciado en el Teatro Coliseum de Valencia en marzo de 1937 y editado en un folleto,¹³ supone un descenso a una secuencia del pasado para equipararla con el presente español, aquí tanto para resaltar el impulso socializador como la colaboración entre las distintas fuerzas proletarias o, en general, populares.¹⁴ En sus valoraciones, Montseny conecta singularmente con su padre, Federico Urales, «teórico del comunismo» por antonomasia,¹⁵ y con su madre, conocedora de figuras femeninas del movimiento obrero como la comunalista Louise Michel.¹⁶ En una arraigada y sublime línea en la izquierda obrera, la oradora reivindicaba un pasado de conflictos donde permanecía inalterable el espíritu de justicia y liberación, aunque no siempre tuviera igual predicamento ni similares posibilidades. La Comuna sería, así, un hito más en un camino que incluía desde la revuelta de esclavos de Espartaco, e incluso luchas anteriores entre tribus, hasta la revolución francesa y sus secuelas a lo largo del siglo XIX, pasando por movimientos como el remensa, el comunero y el agermanado en territorios hispánicos y los social-religiosos de Alemania y Bohemia. En definitiva, la Comuna prolongaba el espíritu de la revolución france-

¹² Pedro Ribas: *La introducción del marxismo en España (1869-1939)*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1981, pp. 45-46; M. Tuñón de Lara: *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Bruguera, Barcelona, 1982, pp. 423-444.

¹³ F. Montseny: «La Commune de París y la revolución española», CNT-AIT, Valencia, 1937. También figura en otro opúsculo de CNT, el mismo año, como «La Commune, primera revolución consciente. La incorporación de las masas populares a la historia».

¹⁴ En 1936 el religioso Ignacio de la Cruz Baños, en *La Commune de París*, publicado en Santander por El Diario Montañés, también establecía un parangón con la situación presente en el país, pero bajo la perspectiva tan diferente de denunciar una misma actitud anticlerical. En 1938, Luis G. Alonso Getino realizaba otra homologación similar, pero con la revolución de 1789 como referencia del pasado («La emigración de los eclesiásticos franceses en España durante la gran revolución», *La ciencia tomista*, 57, pp. 253-280).

¹⁵ J. Paniagua: *La sociedad libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español (1930-1939)*, Crítica, Barcelona, 1982, pp. 83-91.

¹⁶ D. Marín Silvestre: «Michel pedagoga y poeta. El análisis y las enseñanzas de la Comuna en el movimiento libertario español», estudio preliminar en *Louise Michel. Historia y recuerdos*, s. f., en Biblioteca Anarquista, es.theanarchistlibrary.org.

sa, tratando de profundizar sus contenidos tras las fases de avance y retroceso seguidas. Aunque la juzgaba como experiencia bastante similar a la ahora acometida en España, apuntaba como diferencia su carácter netamente urbano frente al protagonismo adquirido aquí también por el campesinado.¹⁷ Montseny asignaba al movimiento parisino un ideal socialista sin adjetivos ni distinciones, aunque también subrayaba el carácter libertario de sus ideas sobre el municipio, la federación y el mutuo acuerdo. En otro plano, denostaba las posiciones de las democracias ante el conflicto en España, no por entender que se inhibían, sino por observar que, en defensa de sus «plutocracias» y en la lógica del capitalismo internacional, estaban dando y fraguando pasos activos contra el bando leal. Denunciaba, en concreto, un verdadero bloqueo y vaticinaba medidas financieras lesivas, en contraste con la ayuda que los rebeldes recibían de Italia y Alemania. También aquí establecía un cierto paralelismo con la Francia revolucionaria de 1789 y con la Comuna, acosadas respectivamente por la alianza de estados absolutistas y por Bismarck.

2. ANDREU NIN: EVOCAIONES HISTÓRICAS (1931-37)

Hasta su muerte en 1937 el poumista Andreu Nin insta a la revolución en artículos y discursos donde acude a secuencias conflictivas del pasado contemporáneo con carácter ejemplarizante o para extraer lecciones. Su conocimiento de la revolución soviética, como uno de los más atentos «expedicionarios» entre quienes viajaron a Rusia entre 1919-1939,¹⁸ le permitió contar con una referencia especial, aunque también recurría a situaciones europeas y españolas desde el siglo XIX. De las veinte intervenciones suyas recopiladas por Juan Andrade en *Los problemas de la revolución española*,¹⁹ ocho corresponden al periodo de la guerra y el resto, con más reflexiones históricas generales, a 1931-36.

Bajo unos planteamientos que no diferían mucho de Joaquín Maurín,²⁰ ni tampoco aquí de otros sectores de izquierda, Nin consideraba que en España los esquemas feudales habían permanecido en combinación con un lento desarrollo del capitalismo industrial. Ante todo, catalogaba como feudales o semif feudales a los grandes terratenientes que, desinteresados de la innovación e incluso del propio cultivo, basaban su riqueza en la explotación del «campesinado». El bajo nivel de los jornales y las rentas que estima como supervivencias feudales (aparcerías, foros, *rabassa morta*, también arriendos) constituirían verdaderas rémoras para el desarrollo industrial, aunque «la guerra imperialista de 1914-18» habría supuesto una oportunidad para mejorar la posición del sector en el mercado internacional. Nin apuntaba una alianza entre burguesía y terratenientes frente al creciente movimiento obrero que habría desembocado en la dictadura de Primo de Rivera. Pero también, como Maurín, interpretaba que varias inclinaciones hacia la república, singularmente del partido radical, y la actitud reformista de muchos sectores de izquierda se debían

¹⁷ Este análisis se asemeja parcialmente al realizado en la época por Marx, aunque él sí resaltaba unas apelaciones al campesinado, afectado por las medidas del II Imperio, y advertía, en cambio, que la adhesión de las clases medias urbanas, también perjudicadas por el bonapartismo, podía ser puesta a prueba con el fracaso final (Marx, Engels, Lenin: *La Comuna de París, Revolución*, Madrid, 1980).

¹⁸ Observado por autores como A. Mayayo (2005), A. Navarra Ordoño (2016) y Puigsech Farràs (2017).

¹⁹ Editado por Ruedo Ibérico, París, 1971.

²⁰ En 1935 Maurín publicó *Hacia la segunda revolución* (Barcelona, Alfa), que Ruedo Ibérico reeditó en 1966 como *Revolución y contrarrevolución en España*.

al interés en evitar las transformaciones mayores que, en sentido auténticamente revolucionario, pretendían grupos proletarios. Él observaba situaciones recientes similares que dieron al traste con tales procesos (1848 en Francia) o pudieron hacerlo (revolución rusa).

El estallido de la guerra y la asunción de cargos por Nin en las instituciones catalanas no alteraron su lenguaje revolucionario ni sus críticas al estalinismo, aspectos con los que su compañero Andrade explicaba su secuestro y asesinato. Su propuesta esencial apelaba a la unión de todos los grupos proletarios para superar las estructuras capitalistas. A fines de 1934, en un artículo en *L'Estrella Roja*, aludía al éxito relativo del movimiento revolucionario de Asturias, que habría resultado finalmente apagado, precisamente, por una falta de cooperación similar en otros lugares. Al producirse la sublevación militar, lejos de juzgar necesario posponer cambios mientras urgiera la unidad de todas las fuerzas de la zona republicana, planteaba que guerra y revolución debían ir unidas, como en los casos históricos de Francia tras 1789 y Rusia en 1917-20. En un discurso dirigido a la juventud en Barcelona, en enero de 1937, traía de nuevo a colación un comportamiento que juzgaba contrario a lo que debía hacerse: el de la socialdemocracia durante la gran guerra, cuyo reformismo, cuyo patriotismo en detrimento de los principios internacionalistas y cuya colaboración con otros partidos afines al sistema capitalista vendrían a suponer una traición a los principios del marxismo y del socialismo para ponerse «al servicio de los manejos imperialistas de las diferentes burguesías». Similar actitud atribuye a los socialistas españoles en aquellos momentos. Y de la misma manera que el partido bolchevique habría supuesto una excepción, ahora sería el POUM el que en España interpretaba el verdadero sentido revolucionario, dado que el propio anarquismo había pasado finalmente también a colaborar con partidos burgueses.²¹ Para Nin, el definitivo triunfo revolucionario no se producía por las acciones de expropiación, colectivización y otras iniciativas de índole socioeconómica, sino mediante la conquista del poder político. En un artículo en *La Batalla* (14-marzo-37), asimilaba lo ocurrido en la Italia de 1920 a la situación española: los trabajadores ocuparon fábricas, pero, al proseguir el poder en manos de la burguesía, fue posible el triunfo del fascismo y la reconstrucción del viejo tipo de Estado.

3. VALORACIONES COMUNISTAS: «HISTORIA DE LAS REVOLUCIONES SOCIALES» (1936-37)

En línea distinta a las anteriores, los veinte folletos anónimos que componen *Historia de las revoluciones sociales*, publicados en Barcelona por la editorial Hymosa entre fines de 1936 y fines de 1937, traslucen prudentemente el criterio comunista oficial, de inspiración estalinista, de estacionar el sentido revolucionario para concentrar la atención en el desarrollo de la guerra. Tal pretensión enlazaba con la propuesta anterior de crear «frentes populares» de todas las fuerzas de izquierda, tanto proletarias como pequeño-burguesas, para contener el ascenso del fascismo. La política de exclusión, control y desnaturalización de otras organizaciones obreras que atribuía también al comunismo estalinista Martínez Amutio, a partir de su experiencia como

²¹Que también el POUM participara en las instituciones catalanas era justificado por Andrade por razones tácticas tanto generales como de combate al estalinismo. Pero no han faltado algunas valoraciones que han situado a Nin también entre quienes, por acción u omisión, preterían el ideal revolucionario –aun cuando siguiera impregnando su discurso– ante las propuestas de colaboración de fuerzas. Es el caso del prefacio y varios fragmentos en la antología promovida por el Círculo Internacionalista de Valencia en 2017, *Las jornadas de mayo de 1937 en Barcelona*.

gobernador civil de Albacete entre 1936-37,²² puede ayudar a entender que, en estos fascículos, al lado de interpretaciones sugerentes, puedan detectarse silencios reveladores y posibles recursos de enmascaramiento.

Los veinte números, muy nutridos en su afán divulgativo con grabados de Emilio Freixas y subtítulos algo sensacionalistas, examinaban numerosos conflictos desde la antigüedad, concentrando su mayor atención en las revoluciones francesa y rusa. Si bien domina un estilo narrativo, los personajes y hechos corresponden a universos distintos a los característicos en la arraigada historia dinástica y militar. La alusión a reyes y gobernantes se relaciona preferentemente con las condiciones en que se produjeron las tensiones y con las reacciones desperatadas, pero el interés se concentra en «héroes sociales», verdaderos idealistas ávidos de justicia e igualdad. No faltan algunos diálogos, pequeñas biografías y exordios más característicos del clamor poético que del ensayo científico. Bajo claros objetivos movilizadores, el valor en el combate figura como gran virtud colectiva e individual: ya de los esclavos ibéricos y galos se dice que eran caros por su difícil adquisición, dado su temperamento indómito (que «les hacía preferir la muerte al cautiverio»). Espartaco reúne condiciones de jefe militar y político que habrían hecho posible crear un estado organizado, como la Esparta de Licurgo, si hubiera sido secundado en su equipo. Guillermo Tell dirige un ejército sin pompas militares, pero «pletórico de entusiasmo y heroísmo». Los guerrilleros españoles, con el ejército, habrían procurado el primer gran fracaso de Napoleón.

Aunque cada conflicto recibe una interpretación, se repiten apreciaciones que remiten a una «ideología de guerra» y a esquemas monolíticos de poder. Así, mientras los éxitos son relacionados con unidad de acción, disciplina y mandos apropiados, los fracasos se explican por la dispersión, rencillas intestinas y ausencia de directores eficaces. La mera voluntad de venganza y el afán destructivo son contraproducentes. Incluso aspiraciones y principios muy justos se ven obstaculizados y truncados por esa clase de excesos, como revelaban determinados fracasos (jacquerie francesa del siglo XIV, Germanías valencianas y mallorquinas). La indisciplina, la arbitrariedad y la fragmentación del poder político y militar parecen formar un *continuum* sin otra posibilidad de solución que mandos únicos. En la propia revolución rusa, la gradualidad con que mediante leyes Lenin fue minando el poder de los soviets aparece como estrategia necesaria para concentrar la autoridad.

En la observación de varios contextos conflictivos, desde la Roma de patricios y plebeyos hasta la república española, los sectores dominantes idean concesiones para calmar los ánimos, aunque a menudo no prosperan. Por otra parte, aunque lo común es que monarquía y nobleza figuren aliados, en casos como el remensa catalán el rey respalda a los sectores populares por su apoyo frente a la nobleza. También se descubren traiciones y captación de algunos líderes o grupos, como en las deserciones del bando comunero castellano. Sin embargo, más frecuentes y dañinas serían las rivalidades entre facciones y personas, acompañadas de estrategias de difamación, acusaciones falsas y acoso personal que podían concluir con la ejecución de los contrincantes.²³ Tales salidas distorsionantes de los objetivos originales se vislumbran especialmente en la revolución francesa, como en la pugna entre Robespierre, Danton y Hébert, mientras

²²En *Chantaje a un pueblo. Memorias de la guerra civil española*, G. del Toro, Madrid, 1974.

²³ Son las propias prácticas del estalinismo las que parecen inspirar estos planteamientos. El mecanismo individual, consciente o inconsciente, estratégico o psicológico, de proyectar rasgos propios sobre otros adquiere dimensión colectiva.

sólo puntualmente aparecen en la rusa. En los folletos 15 y 16 se observa la oposición recibida por los bolcheviques en distintos momentos y el enfrentamiento entre Stalin y Trotsky, pero tanto Lenin como aquel resplandecen como líderes naturales que llegan al poder por sus propias condiciones, su astucia, su desinterés personal y su fe en el socialismo. A la vez, a Lenin se le atribuye una represión severa por la oposición al bolchevismo en octubre de 1917 y por la tentativa de atentado que sufrió, pero nada se plantea explícitamente de posibles actitudes represivas, abusivas y maquiavélicas por Stalin, que pueden quedar tácitamente justificadas, en todo caso, con los argumentos sobre su predecesor.

Los fracasos no tienen un carácter absoluto en estos fascículos, puesto que no invalidan el carácter ejemplar que guardan para futuras generaciones en esa causa permanente y universal que es la «liberación de los oprimidos». Al abordar la Comuna, por ejemplo, su desarticulación total, los efectos destructivos y la fuerte represión subsiguiente no impiden el siguiente juicio favorable, donde, a la vez, el sentido revolucionario aparece postergado de forma indefinida (p. 176): «Consignemos que el sacrificio no fue estéril, pues la sangre derramada fecundizó el suelo de Francia, a la que purificó de muchos de los vicios que desde la revolución la minaban, permitiéndole iniciar, bajo la tercera República, su marcha por el camino de la paz y del progreso». Ante la sangrienta sanción aplicada en París, se plantea que habrían sido más viables demandas más moderadas sobre república, federación municipal, libertades individuales y solución justa a los problemas sociales. La conexión de estas valoraciones históricas con la estrategia del PCE bajo el marchamo estalinista queda reforzada porque se subraya la colaboración entre pequeña burguesía y proletariado.

En general, la idea comunista de aglutinar fuerzas hace que resplandezca un aspecto que señalaba S. Juliá:²⁴ la insistencia en el concepto integrador «pueblo», como colectivo en lucha contra el fascismo, frente al énfasis del POUM en el proletariado como protagonista de la revolución. Castas y clases sociales aparecen desde la antigüedad como producto de unas condiciones que permitían vivir bien y con excesos a una minoría a costa de la precariedad de la mayoría de la población. Además de la riqueza, la corrupción moral y la ostentación caracterizan a aquellos segmentos privilegiados en toda realidad social. Ya en la primera página del primer folleto, sobre la lucha de los esclavos bajo Espartaco, se denuncia «la miseria de las clases bajas, simultaneada con el espléndido gozar de las clases favorecidas por la fortuna». El escenario social donde actúa Guillermo Tell es una contraposición entre campesinos «sobrios y sencillos», residentes en cabañas, y señores que en sus lujosos palacios dan vida a todas las flaquezas humanas y administran su cruel tiranía, incluyendo la práctica del bandidaje.

Si alta nobleza y clero circulan ampliamente por estas páginas como jerarcas feudales, las menciones sobre la pujante burguesía son más localizadas, aunque significativas. Se habla, por ejemplo, de la connivencia de la «alta burguesía» con la nobleza y el clero en la revolución inglesa del siglo XVII. Se evocan los objetivos girondinos de instalar una «república burguesa» durante la revolución francesa. Al terminar con esta experiencia, al final de folleto 8, se incorpora una típica constatación de carácter marxista (p. 144): con la revolución, se vigorizaba el régimen constitucional frente al absolutismo y desaparecía definitivamente la nobleza como casta privilegiada para adquirir protagonismo la burguesía. El desarrollo de esta clase, como

²⁴ En «La nación contra el pueblo: dos Españas y... ¿la tercera?», en A. Morales, J. P. Fusi y A. de Blas (dirs.): *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, Barcelona, 2013, pp. 742-743.

del capitalismo en general, implica nuevos matices en la cuestión social y en la conflictividad. No se trata sólo del crecimiento del proletariado y del movimiento obrero: en unas primeras fases también aumenta el número de esclavos, sostenidos incluso en el siglo XIX desde aquella Europa que internamente clamaba por las libertades políticas y los derechos humanos. La consideración de que los indios americanos fueron convertidos en siervos al servicio de una serie de castas —encomenderos, militares, clérigos, funcionarios— no invalida en el fascículo 18 la idea de que se había forjado también allí una realidad capitalista, con gran concentración de la propiedad agraria. Como la independencia de la metrópoli en el siglo XIX no habría liberado de las garras de un capitalismo con sede central en otros países, se vislumbra en la revolución mexicana de 1910/1917 unas posibilidades de emancipación social que podrían servir de referencia a otros países iberoamericanos.

Con la polarización social, también es cuestionado el poder político autoritario que merma las libertades locales, en contraste con la defendida concentración personal de autoridad en el transcurso y asentamiento de los ideales defendidos. En particular, se deploran el estado absolutista y las dictaduras conservadoras, trasuntos históricos de lo que ahora representaría el fascismo. Una y otra vez se plantean situaciones cambiantes de abusos sociales y políticos, separados o combinados, que abocan a conflictos. En el folleto 3, remensas catalanes y agermanados valencianos y mallorquines reivindican derechos e igualdad frente a la nobleza, mientras los comuneros castellanos defienden las libertades municipales ante el mal gobierno absolutista, aunque también aquí aflorarían posiciones antiseñoriales.

También concurren otros precipitantes, como la difusión de ideas liberadoras, situaciones de hambre o, más puntualmente, problemas de la hacienda pública. El revulsivo general que supuso la revolución francesa recoge todos estos desencadenantes, con los pensadores ilustrados como grandes incubadores. En algún caso, las ideas religiosas se solapan con las sociales, como en la Alemania del siglo XVI al entrelazarse los movimientos campesino y anabaptista. Las fases de guerra se juzgan propicias para estallidos, por agravarse los problemas económicos y aumentar el descontento, pero asimismo, una vez más en la línea comunista oficial, se observa escasa probabilidad de éxito en tales circunstancias de ruina y desorganización, aunque en el caso ruso no fuera así. En la Comuna parisina de 1871, por ejemplo, se percibe aplazada la resolución de las cuestiones sociales para poder concentrarse en la organización militar y civil de París hasta quedar totalmente destruido el gobierno de Versalles. Más viables para el triunfo se consideran las circunstancias de posguerra, cuando a la permanencia de unas difíciles condiciones de vida, más flagrantes por el enriquecimiento de especuladores, se suma la desmovilización y descontento de unos soldados difícilmente reinsertables. Europa habría ofrecido numerosos ejemplos de esto último al terminar la gran guerra, y los fascismos constituirían una respuesta de contención.

En estos fascículos es escaso el seguimiento de los cambios socioeconómicos en tales situaciones de conflicto, aunque sean inducidos y profundos. Más que ilustrativo, resulta fundamental y explicativo que no se aborden tales iniciativas en la España del momento: pese al título de los dos últimos folletos, «La revolución española», la atención se concentra casi exclusivamente en el desarrollo de la guerra. Tan sólo se constata, por un lado, que, mientras en la zona rebelde se había promovido un estado corporativo siguiendo las pautas del fascismo italiano, en la leal los mismos comités regionales, provinciales y municipales que asumieron la autoridad política y militar

«pusieron en práctica los más avanzados postulados de las doctrinas revolucionarias». El último párrafo también concluía con una ligera y nada aclaratoria alusión a la «labor de transformación económica y social» tras recordar la lucha acérrima del «pueblo hispano» en un marco de insuficiente actuación de las potencias democráticas para aislar y limitar el conflicto. Nada se apuntaba, pues, del contenido de esos cambios, bajo protagonismo de anarquistas y ugetistas.

Muy distinto temáticamente, aunque ideológicamente afín, también propagandístico y recurrente al pasado, es el folleto «La reforma agraria en España. Sus motivos, su esencia, su acción», editado en Valencia por el Instituto de Reforma Agraria en mayo de 1937. Al exponer problemas endémicos del campo, se evocan aquí distintas iniciativas que, desde el siglo XVIII, habrían venido a agravar la situación campesina (desamortizaciones del siglo XIX) o no habrían supuesto respuestas concluyentes (decretos de colonización en las primeras décadas del XX). En cambio, se celebran las medidas reformistas del gobierno provisional de 1931 y las subsiguientes de la coalición republicano-socialista, para concluir resaltando, ya en la coyuntura bélica, el decreto emitido el 6 de octubre de 1936 por el ministro de Agricultura, el comunista Vicente Uribe. Con la expropiación y distribución de tierras de los terratenientes desleales, a los que se atribuye responsabilidad en la sublevación militar, se insiste en el apoyo a la pequeña explotación y se prescinde prácticamente, más allá de plantear su posibilidad, de las fórmulas colectivistas.

Al margen de la actitud real que ante la guerra y las nuevas experiencias socioeconómicas adoptaran los autores de los textos comentados en esta sección, todos ellos incluyen referencias a un proceso revolucionario en curso que no aceptan ni definen igual. Frente al ardor y descontento que refleja Andreu Nin, Federica Montseny, aunque también combativa, se muestra más triunfalista en su conferencia comparativa con la Comuna. Más alejados, los fascículos bajo aliento estalinista, aunque se congratulan con los movimientos sociales del pasado como tentativas continuadas de liberación, manifiestan mayor insistencia en la unidad de mando, celebran el progreso general y eluden caracterizar las experiencias socioeconómicas en marcha. Si bien, como Marx, todos estos autores suscriben la idea de explotación de una clase dominante en sistemas sociales anteriores al capitalismo contemporáneo, no se hace con similar contundencia al enfocar esta última fase: aflora con viveza en los textos de Nin, se muestra más retórica en la conferencia de Montseny y se atenúa o se diluye en los folletos comunistas.

TREGUAS DEL CATALANISMO MÁS MILITANTE

En esta tercera sección, centramos nuestro interés en dos textos de contenido histórico bajo perspectivas catalanistas en una coyuntura donde coincidían una actuación autonómica encabezada por Esquerra Republicana, unas necesidades perentorias de colaboración y un profundo proceso revolucionario desigualmente recibido. Se trataba, también, de una fase en que las pulsiones nacionalistas habían alcanzado un cénit que corría el riesgo de ser desintegrado. Durante el primer tercio del siglo XX había aparecido en Cataluña una pujante bibliografía general y escolar dirigida a promover una identidad nacional de acuerdo con las pautas configuradas durante la centuria anterior. En línea con los demás nacionalismos, centrípetos o centrífugos, los contenidos de geografía e historia merecían una atención que se avivó bajo la

república con el uso del catalán.²⁵ Una institución creada en 1899, la *Associació protectora de l'ensenyança catalana*, velaba por estos aspectos en educación, a la vez que el arraigo de la industria editorial facilitaba las publicaciones. Dos libros escolares con distintos posicionamientos rivalizaron especialmente ahora: *La terra catalana*, de Joaquim Pla Cargol, y *La nostra terra i la nostra història*, de Ramon Torroja. Como estudios que habrían de tener gran repercusión, la Lliga Catalana ofreció apoyo directo a dos obras: *Etnologia de la Península Ibèrica*, de Bosch Gimpera (1932), e *Història de Catalunya*, de Ferran Soldevila (1934-35).²⁶

En textos escolares y analíticos, la historia factual se convierte en rico venero de estadistas, héroes, batallas e incidencias que podían identificarse como propios. En consonancia con el cultivo creciente de temas de «civilización», el pasado confiere también la posibilidad de observar otras «señas de identidad»: actividades económicas, estilos artísticos, literatura en lengua autóctona, instituciones y fórmulas de derecho, manifestaciones folclóricas y, en algunos de esos ámbitos, salvo en épocas o campos en que imperaba el anonimato, nombres de relevancia incluso exterior. Tales exploraciones históricas persiguen una fundamentación argumental para ahondar en la conformación de una entidad política diferenciada, si bien los contrastes afloran al perfilar el alcance esperado, incluyendo una posible indefinición al respecto.

Aunque cabían diferencias, algunos enfoques se convierten en paradigmáticos, sobre todo en textos escolares. Como sugería la visión de Bosch Gimpera, el germen nacional catalán podía vislumbrarse en las peculiaridades de los pueblos prerromanos. Pero es la Edad Media la que procura más aspectos originales, comenzando por la lengua y las instituciones. Si, al final de ese periodo, los Reyes Católicos representaban para el nacionalismo español un hito en el proceso de unificación, para el catalanismo desagradaba ese paso, precedido por la unión dinástica con Aragón. También se contemplan gestas heroicas y manifestaciones artísticas, literarias, institucionales y otras que podían testimoniar progreso, genio y singularidad. Tras el medievo, se rehúsa la creciente centralización y se aplauden las muestras de rechazo, con la guerra de Sucesión como etapa culminante pero más aborrecida por sus resultados. Con frecuencia, tras septiembre de 1932 los libros de texto concluían celebrando la aprobación del Estatuto de Autonomía.

Ferran Soldevila se atiene a este modelo en un libro para el grado superior de primaria, publicado en 1933 por la mencionada asociación y reeditado sucesivamente, con el mismo título meridiano y elemental que su obra más emblemática, *Història de Catalunya*, con el agregado también común *primeres lectures*. Bajo la premisa de una plena conformación de naciones en el medievo, tras prefiguración anterior, asoman aquí permanentemente dos tipos de apreciaciones sobre ese sujeto genérico, dotado de cualidades intrínsecas y otras adquiridas, que era Cataluña: sus diferencias con Castilla y, en general, con otros espacios peninsulares, y los inconvenientes que le generó cualquier tipo de vínculo con ellos. A estos aspectos podría sumarse un tercero: la existencia de un espíritu perpetuo de defensa de sus libertades. Las clases sociales y sus posibles contradicciones

²⁵ A. Hernando Rica: «Geografía e identidad nacional: las primeras geografías de Cataluña», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 38 (2001), pp. 55-86.

²⁶ A propósito del primer libro, señalan tal vínculo trabajos coetáneos, en 2003, de J. Cortadella, F. Gracia Alonso y F. Wulff. Soldevila agradecía ese apoyo en la presentación de su obra.

desaparecen en esta línea narrativa al servicio de una unidad nacional asentada donde no caben divisiones sustantivas. Como en otras posiciones nacionalistas, es en las relaciones entre países donde se producen las tensiones y distensiones que conforman toda posible dialéctica.

Como en otros idearios, la guerra no alteró sustancialmente las concepciones históricas nacionalistas, pero las nuevas circunstancias también supusieron algunos cambios de enfoque o cierta atemperación. Dos textos de 1938 difieren en el grado en que se puede percibir un nuevo sesgo. El primero, *Fets d'armes de catalans*, fue editado por los Serveis de Cultura al Front, recién creados por el conseller de Cultura, Pi i Sunyer, para estimular a los combatientes. Su formato se asemeja bastante al de un libro escolar, incluyendo una incorporación similar de ilustraciones.²⁷ El segundo texto es un trabajo de investigación de Ferran Soldevila con motivo del centenario del restablecimiento de la Universitat de Barcelona, donde las circunstancias bélicas, si bien no significativas para su comprensión, pudieron influir en la cadencia con que aquí manifestaba la emoción nacionalista.

Fets d'armes de catalans tiene un carácter épico que ya transmite su título, muy similar al del falso cronicón medieval elaborado en el siglo XVII, *Libre dels feyts d'armes de Catalunya*. Al contextualizar inicialmente cada gesta, se incorporan reflexiones sobre aspectos como la colonización griega, la crisis del imperio romano, las causas de las cruzadas, la piratería mediterránea y la pugna del siglo XIX entre absolutistas y liberales. Pero predomina un estilo narrativo, con algunas transcripciones textuales, bajo consideraciones altamente sublimes. El espíritu combativo ansiado contra los rebeldes franquistas («per la llibertat i la independència dels pobles hispànics») se proyecta hacia el pasado en forma de una lucha constante frente a enemigos externos por esas dos realidades tempranamente gestadas que serían Cataluña y España, aquí plenamente compatibles. Nunca, en esas tesituras bélicas, asomarían intenciones de agresión ni expansión imperial: incluso, cuando se alude a las expediciones almogávares y se celebra la conversión del Mediterráneo en un mar catalán, se interpreta por ese espíritu liberador, en este caso proyectado en beneficio de Sicilia frente a la dominación del rey francés Carlos de Anjou.

El interés en aunar fuerzas lleva a resaltar la cohesión en el pasado a nivel territorial y social. Tanto Cataluña como España constituyen verdaderas realidades intemporales que no entran en contradicción, colaboran frente a comunes enemigos externos (Navas de Tolosa) e identifican sus fines (invasión napoleónica). La idea de integración social e institucional en esas fases de peligro exterior, sin fricciones ni partidismos obstaculizadores, subyace nítida al juzgar el éxito ante los cruzados franceses en 1285 (p. 59): «Una victòria que no fou del rei Pere, dels senyors feudals, dels almiralls de Barcelona o del poble que figurava en les hosts dels municipis; sino que fou una victòria total de Catalunya». No es como confrontación territorial ni social, sino por ese impulso perenne en defensa de las libertades, por encima de cualquier división, como se explica la lucha mantenida en distintas situaciones frente al poder monárquico (ante Juan II en 1462; guerra dels

²⁷ En la edición consta el nombre del ilustrador, Francesc Domingo, pero no el del redactor. Su atribución a Ferran Soldevila era cuestionada por Pujol i Casademont en su tesis: *Ferran Soldevila i la historiografia catalana del seu temps (1894-1971)*, Universitat Autònoma de Barcelona, 2000, p. 432. Aludía, en concreto, a la ausencia de referencias en la documentación del historiador sugerido, al estilo y al tratamiento de los temas. Este último aspecto, como en parte el anterior, no es concluyente en sí mismo, dada la importancia de las circunstancias y del destinatario en las características de cada texto, que puede llevar incluso a que un autor produzca obras singularmente «incomensurables» entre sí.

Segadors; guerra de Sucesión; ante Espartero en 1842).²⁸ Incluso también la tranquilidad relativa de Cataluña en contextos convulsos obtiene su sentido en su comunión interna: en 1868, la unanimidad a favor del derrocamiento de Isabel II propicia la inexistencia de episodios sangrientos. Esta idea de integración permanente, al margen de su inconsistencia teórica para las líneas que consideran consustancial la confrontación de intereses colectivos e individuales, contrasta con la fractura social e ideológica entonces existente tanto en Cataluña como en el conjunto español.

El análisis de Soldevila, *Barcelona sense universitat i la restauració de la Universitat de Barcelona (1714-1837)*, aunque impregnado de su fervor nacionalista, no es de forma tan clamorosa como en sus obras antes referidas.²⁹ Si bien este autor se involucró en el clima bélico a través de incursiones periodísticas y literarias, en este estudio no se hace eco directo del mismo, salvo al manifestar al principio sus dificultades de acceso al archivo de la entidad estudiada. El interés principal de Soldevila recae sobre las circunstancias políticas que condujeron a la desarticulación de esta universidad tras el triunfo borbónico en la guerra de Sucesión (1714) y de aquellas con que se recompuso en el contexto liberal de la regencia de María Cristina (1837). El episodio inicial se enmarca en el detestado desmontaje de instituciones autóctonas que siguió al conflicto sucesorio, reflejado con intensidad en este ámbito porque fueron suprimidas también las demás universidades catalanas y se creó una nueva en Cervera, núcleo donde el apoyo a Felipe de Borbón había sido mayor. Aunque explicaba aquella supresión principalmente por la actitud de profesores y estudiantes, Soldevila también estimaba un trasfondo social más general: si el Colegio de Cordelles, jesuítico y educador de la nobleza, se mostró fundamentalmente felipista, la Universitat de Barcelona se mantuvo más abierta en su clientela social y adoptó ante todo la causa austracista.

En similar línea aparece explicada la secuencia final: en la pugna entre liberales y absolutistas del siglo XIX, mientras los primeros aspiran a reconstituir esta universidad, los segundos defienden preservar la exclusividad de la creada en Cervera. De ahí que, tras oscilaciones similares a las que experimentaron otras instituciones bajo Fernando VII, es en la década de 1830, ya asentado el régimen liberal, cuando se produce su refundación y afianzamiento definitivo. También aquí Soldevila apunta apoyos sociales diluidos con otros nexos colectivos: Cervera, con marcada tradición reaccionaria, alimenta las partidas carlistas desde un primer momento; en cambio, las gestiones y presiones llevadas desde fines del siglo XVIII para reconstruir la Universitat de Barcelona serían obra principal de «les tendències polítiques que pugnen per triomfar, i que acabaran triomfant», a la vez que «les forces vives, el comerç, la indústria, els donen suport; adhuc l'element eclesiàstic, representat pel bisbe Schar» (p. 133).

En consonancia con el carácter nacionalista y conmemorativo de este trabajo, la labor de la universidad capitalina queda resaltada por Soldevila, con cita de apoyo en Menéndez Pelayo, por la celebridad que adquirieron algunos de sus miembros en distintos siglos, sobre todo en el

²⁸ Tal concepción coincide con la de Azaña cuando, frente a la interpretación conservadora que idealizaba el Antiguo Régimen, subrayaba unas tradiciones liberal-democráticas que sufrieron el embate del absolutismo, comenzando por la propia Castilla al ser sofocado el movimiento comunero.

²⁹ Un contraste mayor puede observarse entre el libro escolar de Enric Bagué y Vicens Vives, *Història. Primeres lectures* (Asociació protectora de l'ensenyança catalana, Barcelona, 1936), y la tesis del último, *Ferran II i la ciutat de Barcelona, 1479-1516* (Emporium, Barcelona, 1936-37). Si el primero se enclava en el modelo comentado, en el segundo, sin resabios nacionalistas contra el rey católico ni connotaciones sociales marcadas contra las fórmulas de un estado omnímodo, el autor explica la actuación monárquica dentro de la tónica europea de consolidación del absolutismo. Esta visión recibió críticas de Soldevila y de Rovira i Virgili (J. M. Muñoz i Lloret: *Jaume Vicens i Vives. Una biografia intel·lectual*, Edicions 62, Barcelona, 1997, pp. 69-80).

XVI. Pero, además, también la de Cervera, tan denigrada por sus actitudes ideológicas, recibe su juicio favorable al valorar sus contribuciones culturales y científicas, recordando que algunos de sus miembros manifestaron su catalanidad al defender la lengua vernácula.

Aunque el nacionalismo seguía, pues, subyacente en estos textos, la búsqueda de cohesión y estímulo en circunstancias de guerra y de indeseado impulso revolucionario hacía que, con otros posibles factores relativos al medio y al público, el tono reivindicativo nacionalista se atenuara e incluso, en el caso de *Fets d'armes...*, se subrayaran vínculos y paralelismos con otros territorios españoles. En la dinámica institucional real, el triángulo de vértices heterogéneos que formaban el gobierno central, la Generalitat y el engranaje obrero, bajo predominio anarquista, no siguió similar nivel de «concordia» o «tolerancia», como revelan los hechos de mayo de 1937 en Barcelona y otras tensiones diversas.

UN CURSILLO PARA MAESTROS BAJO INSPIRACIÓN CATÓLICA, FALANGISTA Y MILITAR.
LA INTERPELACIÓN PATRIÓTICA COMO PRIORIDAD

En esta última sección, contemplamos la concepción de la historia en la zona franquista, más integrada e ideológicamente homogénea que la republicana. Para los sublevados, aparte de la propaganda bélica, cobró importancia la dirigida a sustituir las estructuras institucionales, las prácticas culturales y la obra reformista del régimen republicano, como también las experiencias revolucionarias últimas, en interés de recomponer las cuestionadas y alteradas estructuras socio-económicas. Las buenas perspectivas del triunfo militar, facilitado por las posiciones internacionales, hicieron más palmarios estos objetivos, donde también a la historia, aunque entendida de forma distinta a las observadas, le quedaba reservado un papel. Desde el siglo XIX se habían desarrollado reflexiones de signo conservador e integrista que, más o menos adaptadas, impregnadas de la novedad fascista y altamente conciliadas entre sí, aspiraban a ganar o sostener la adhesión mediante recursos argumentales y emocionales. Algunos de sus creadores continuaban en activo y siguieron elaborando en retaguardia textos que ahora representaban contribuciones directas en esa fundamentación intelectual. Aludiremos aquí a las líneas más significativas que recurrían al pasado para observar después su plasmación en el cursillo para maestros celebrado en junio de 1938 en Pamplona. No es casual que estas jornadas se celebren el mismo año en que se constituyó el primer gobierno bajo la jefatura dictatorial de Franco, en coincidencia también con un cúmulo de ediciones y reediciones de obras que le prestaban sustento ideológico.

La interpelación principal para legitimar la sublevación militar y el nuevo engranaje institucional parte de una patria sustentada en la tradición católica. Al margen de algunas posiciones que no enfatizaban este vínculo religioso, católicos, falangistas, tradicionalistas y sectores afines coincidían en ese recurso eximio que enmascaraba la defensa de intereses de clase. Con planteamientos de Ernesto Laclau que Cámara Villar aplicaba al nacional-catolicismo,³⁰ una interpelación emocional, de base patriótico-religiosa en este caso, podía desempeñar ese papel nuclear y evocador de un orden social, sin necesidad de referirse al mismo. Un nombre es aclamado insistentemente como inspirador, Menéndez Pelayo, que figura como referencia principal en el decreto de 1938 por el que se creó el nuevo órgano cultural llamado Institu-

³⁰ E. Laclau: *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Siglo XXI, Madrid, 1978, pp. 112-115; G. Cámara Villar: *Nacional-catolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*, Hesperia, Jaén, 1984, p. 28.

to de España.³¹ Ese mismo año se dedican a este pensador varias ediciones y reediciones de antologías y ensayos (Jorge Vigón, Sainz Rodríguez, Miguel Artigas). También en 1938 son reeditados textos recientes de otros autores –confeccionados ya bajo la sombra alargada del fascismo– con sublime orientación esencialista y gran apelación emocional a la historia: *Defensa de la hispanidad*, de Ramiro de Maeztu; *Genio de España*, de Giménez Caballero, y *Discurso a las juventudes de España*, de Ramiro Ledesma. Una ensayística relativamente densa, con títulos anteriores y nuevos, acompaña ese nudo de publicaciones. Toda una serie de autores, marcados comúnmente por la tradición nacional-católica y el toque fascista, abundan en la idea de una vocación imperial, misional-espiritual, que, en prolongación de la reconquista medieval, habría alentado la expansión colonizadora en América. Pleguerra, guerra y posguerra alumbran unas visiones repetitivas, pronto consabidas, que ya anuncian los títulos: *El destino de España en la historia universal* (García Villada, 1936), *La expansión misional de España* (Constantino Bayle, 1936), *El ideal hispánico a través de la historia* (Díaz de Robles, 1937), *Los grandes ideales de la España imperial en el siglo XVI* (Julián M. Rubio, 1937), *España Imperio* (Alfonso de Ascanio, 1939)...

Otra línea de legitimación, resaltada por varios analistas,³² se basaba en el recurso ideológico común de concentrar los dardos contra un supuesto y voraz enemigo: en este caso, la masonería. Bajo dirección del sacerdote barcelonés Juan Tusquets se desarrolla una campaña frenética que hacía de esta organización, con su adláter convencional del judaísmo, responsable de múltiples «males» que iban desde el liberalismo y el marxismo hasta el propio advenimiento del régimen republicano, aspectos que comparten plano con toda una serie de magnicidios y hechos tremendos. Se trataba de un campo argumental asentado desde la segunda mitad del siglo XIX para combatir el liberalismo, especialmente por sectores eclesiásticos reacios a toda orientación laicista, aunque su alcance ideológico es mayor. Tusquets sistematiza esas ideas en 1932 en *Orígenes de la revolución española* y las repite durante la guerra a través de sus Ediciones Antisectarias, tanto mediante nuevos títulos propios (*La francmasonería, crimen de lesa patria*, 1936; *Pacifistas y masones*, 1939) como ajenos (Juan Alberto Navarro, *Historia de la masonería española*, 1938).

En otra perspectiva antiliberal, la descalificación de las políticas educativas republicanas y, como inspiradora, de la ILE preside los trabajos de Joaquín de Entrambasaguas (*Pérdida de la universidad española*, 1938), Enrique Suñer (*Los intelectuales y la tragedia española*, 1938) y, ya en 1940, como colosal exabrupto, del trabajo colectivo *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*. No sorprende que la toma de Madrid se tradujera en el desmantelamiento organizativo de esta entidad, precedido del asalto a sus edificios,³³ ni que el «anti-institucionismo» se convirtiera en seña de identidad universitaria que muchos profesores adoptaron ahora súbitamente.³⁴

El pasado pesaba menos a la hora de concretar propuestas de futuro. Pero una entidad de origen medieval, el gremio, es evocada en textos y discursos como modelo por su carácter integrador, aunque no cupiera imitarla en términos estrictos. Los libros monográficos sobre estas asociaciones menudean ya después de la guerra, cuando cobra vida la organización sindi-

³¹ B. Rodríguez del Campo: «Menéndez Pelayo: el prisionero de los heterodoxos», en *Menéndez Pelayo. Cien años después*, UIMP, Santander, 2015, pp. 43-52.

³² Como J. J. Morales Ruiz (2001), J. L. Ruiz Sánchez (2005), J. A. Ferrer Benimeli (2006) y J. Domínguez Arribas (2009).

³³ A. Jiménez-Landi: *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente. IV. Periodo de expansión influyente*, Editorial Complutense, Madrid, 1996, pp. 419-420.

³⁴ G. Pasamar: «Oligarquías y clientelas en el mundo de la investigación científica: el Consejo Superior en la universidad de posguerra», en J. J. Carreras y M. Á. Ruiz Carnicer (eds.): *La universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1991, p. 311.

cal vertical. De 1940 data *Del gremio al nacional-sindicalismo*, de Vilá Pasola; de 1941, *Los gremios en la España imperial*, de Díez G. O'Neil, y ya de 1944, *Historia de la previsión social en España. Cofradías-Gremios-Hermandades-Montepíos*, de Rumeu de Armas.

De forma paralela a ese desarrollo de publicaciones, la versión oficial de la historia invade los distintos niveles educativos. Aunque hasta 1945 no se promulgaría una ley de educación primaria, sus principios doctrinales ya habían sido formulados por la Comisión Técnica creada en octubre de 1936 y en declaraciones oficiales.³⁵ También se recogieron, ya constituido el primer gobierno franquista, en una circular de marzo de 1938, y se proyectaron sobre unos programas que no vieron finalmente la luz.³⁶ El interés en disponer de libros escolares difusores de esos planteamientos hizo que el Instituto de España promoviera textos que al principio se preveían únicos: en 1939 aparecieron dos de historia para primer y segundo grado, debidos respectivamente a Mercedes Gaibrois y José María Pemán (este último, por transcripción de su *Historia de España contada con sencillez*).³⁷ Las enseñanzas medias y superiores conocieron similar acoplamiento ideológico, con más temprano respaldo legislativo.³⁸ Se perfilaba así para educación un verdadero ideario «oficial» que durante la dictadura, al compás de los cambios generales y del alejamiento cronológico de la guerra, evolucionaría con los aspectos organizativos y metodológicos.³⁹

El cursillo para maestros celebrado en Pamplona a mediados de 1938 recoge gran parte de los planteamientos ideológicos en ciernes o ya relativamente consolidados. Según datos imprecisos, participaron en 22 jornadas unos cuatrocientos docentes, no afectados evidentemente por la depuración que Sainz Rodríguez celebró en la clausura como garantía para el seguimiento de los «nuevos dogmas de la patria».⁴⁰ El conjunto de discursos y la mayor parte de las 66 conferencias vertidas, en parte por miembros de la cúpula política e intelectual, fue editado en dos tomos por el recién constituido Ministerio de Educación Nacional bajo el título *Curso de orientaciones nacionales de la enseñanza primaria*.⁴¹

La historia y la «tradición» aparecen ampliamente en estas conferencias como canales para promover aquellos valores patrióticos y religiosos que, aparte de condensar toda una ideología social y política, servían aún como ariete para promover el espíritu combativo. Esa combinación de funcionalidades impregna enteramente la nutrida sección del jesuita Francisco Peiró, «Sentido religioso y militar de la vida», y explica que los contenidos teóricos de educación física, con otras materias derivadas y afines, sean los que reciben más sesiones. Algunos de los conferenciantes manifiestan que el deporte, los cantos, las excursiones, las colonias y otras

³⁵A. Alted Vigil: *Política del nuevo estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la guerra civil española*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1984.

³⁶J. L. López Bausela: «Los programas de enseñanza primaria de 1938. Un currículo (inédito) para la escuela del nuevo estado», *Educación*, XXI. 17.1 (2014), pp. 327-344.

³⁷J. Fontana (introd.): *Enseñar historia con una guerra civil de por medio*, Crítica, Barcelona, 1999.

³⁸Así lo reflejan algunas colaboraciones en Carreras y Ruiz Carnicer (eds.): *La universidad española...*, ya cit., y trabajos monográficos que contemplan la ley de bachillerato de 1938 (J. A. Lorenzo Vicente, 1998; J. Villanueva Zarazaga, 2011).

³⁹Entre las visiones generales trazadas bajo coordenadas distintas figuran las de R. Navarro Sandalinas (1990), Á. L. Abós (2003), R. Valls Montés (2007), E. Castillejo (2008) y J. M. Gómez Herráez (2010).

⁴⁰Un certificado de asistencia posibilitaba ventajas profesionales. La elección de Pamplona como sede se fundamentó en algunas intervenciones por su manifestada lealtad. Además, contaba con una relativa vida intelectual, confluían arraigados tradicionalistas y nuevos falangistas, y acogía al cardenal Gomá, arzobispo de Toledo (H. Escolar Sobrino: *La cultura...*, ya cit., pp. 307-309).

⁴¹Editado por Hijos de Santiago Rodríguez, Burgos, 1938. No se reproducen diez de las conferencias: precisamente, las cuatro sobre «historia de España» (una de Martín Almagro y tres de Pío Zabala) y varias de «educación política y nacional», campo también fecundo en alusiones al pasado (con Laín Entralgo y Luis de Arellano entre los omitidos).

actividades similares constituían instrumentos apropiados para inculcar disciplina, energía, colaboración, sentimiento nacional y valores morales («de la nueva España»). En su primera disertación, Ricardo Villalba consideraba ley impuesta por el progreso que el hombre de ideas debía ser a la vez «hombre de acción, capaz de engendrar los más altos ideales, y realizar, a impulsos de ellos, los más grandes hechos» (vol. I, p. 282). En la trama idealista de estas intervenciones, no se alude a posibles intereses sociales en contraposición: la discordia es explicada por la carencia de valores y la cohesión brota por disponer de un ideal común. En realidad, apenas aparecen menciones de sectores sociales y, cuando se hace, es para resaltar un clima de armonía. En esos términos tan espurios se expresaba José Pemartín en «Los orígenes del Movimiento» (vol. I, p. 71):

...No son tampoco los bienes materiales ni las riquezas, como lo demuestra esta nobilísima hermandad de la guerra actual en que el pobre, el hombre modesto, ha demostrado tanto patriotismo como el poseedor de riquezas y han caído juntos en heroica hermandad el aristócrata y el artesano, el propietario y el obrero y todas las clases sociales.

El rechazo de la política educativa republicano-socialista comienza con el clamor estentóreo contra la ILE como su diseñadora bajo planteamientos liberales. El modelo laico debía ser sustituido por el vilipendiado y arrumbado de base religiosa, consustancial a España. En la sesión de apertura, es Romualdo de Toledo, jefe nacional del servicio de primera enseñanza, quien más intensamente formula estas ideas, anunciando literalmente la inundación de las conciencias de los asistentes de sentido religioso y patriótico. Sus acusaciones genéricas contra el pensamiento ilustrado-liberal como extraño al país fluían más específicamente contra la ILE, el krausismo y, como inspirador de base, Rousseau, por ser autor, a la vez, del Contrato Social y de la obra pedagógica del Emilio. Un fragmento no sólo sintetiza esta visión, sino que contempla ramales diversos que tácitamente remiten al rechazo de toda tentativa de cambio, más allá del plano educativo (vol. I, p. 22):

Y al volver nosotros nuestros ojos al Siglo de Oro, para buscar en nuestros pensadores, en nuestros literatos y en nuestros artistas las fuentes purísimas que han de saturar con su jugo las inteligencias y la educación de nuestra juventud, necesariamente nos encontramos con el paréntesis fatal del siglo XIX, producto nefasto de la revolución francesa, hijo a su vez del pensamiento roussoniano, creador del individualismo liberal, que en su última consecuencia nos ha llevado a la tiranía de Moscú.

Romualdo de Toledo realizaba otras evocaciones para realzar el cambio cultural y educativo iniciado. Recordaba que el ministro de Educación, Sainz Rodríguez, había elegido como base para destruir la Junta de Ampliación de Estudios y crear un nuevo centro orientador la biblioteca del pensador católico por excelencia, Menéndez Pelayo. No mencionaba a ninguno de los nombres excluidos y sí a los que debían servir de referencia (Luis Vives, Juan Huarte, San José de Calasanz, Padre Manjón). En la clausura de las jornadas es Sainz Rodríguez⁴² quien pronuncia otro discurso relativamente denso para remarcar esa dirección católica, el rechazo incontestable que merecía la ILE y las raíces roussonianas de los problemas político y educati-

⁴² *Curso...*, vol. I, «La escuela y el Estado nuevo», pp. 51-62.

vo, agregando a los efectos del *Emilio* los de *La Nueva Eloísa*. Para él, frente a la idea hedonista de que el ser humano es naturalmente bueno, era necesario contraponer la católica de que es malo por causa del pecado original. Como para Romualdo de Toledo, el naturalismo roussoniano inicia un camino que, siguiendo por el liberalismo, concluye en derroteros como en España la «revolución roja». Sin muchas explicaciones subsiguientes, Sainz Rodríguez tildaba de estéril la pugna entre partidos, de «ola demagógica el avance proletario y socialista» y de «aberración desde todos los puntos de vista» el laicismo. Inducido por el clima bélico, una cita del socialista Fernando de los Ríos sobre las entidades educativas y culturales alentadas por la ILE le sugería el siguiente comentario jocoso: «Estas palabras son para nosotros tan preciosas como si fuesen un mapa donde nos hubieran señalado las fortificaciones que tenemos que bombardear».

En el enfoque sobre el pensamiento ilustrado algunas intervenciones contrastan difusamente con las posiciones anteriores. José Talayero, director del Hogar José Antonio y de un centro de discapacitados en Zaragoza, no abominaba de las luces del siglo XVIII cuando, en su primera disertación sobre metodología escolar, constataba su influjo continuado en la enseñanza, aunque consideraba llegado el momento de alterar tal modelo en términos que después esbozaba.⁴³ También Inocente García Montoro, al hablar sobre campos de vacaciones y colonias escolares, citaba a Rousseau para confirmar el papel regenerador que el medio rural ejerce sobre seres humanos sometidos al «abismo» de la vida urbana.

Una disertación de fuertes connotaciones elitistas es la titulada «Autoperfeccionamiento del selecto» (vol. 2, pp. III-122), cuyo autor, Antonio Vallejo Nájera, ya había expuesto sus ideas darwinistas en *Eugenesia de la hispanidad*. Si, por un lado, su condición de comandante médico le hace destacar las aptitudes para el combate, por otro, bajo claro influjo fascista, trata de caracterizar los rasgos psicológicos del español. Para estimular la colaboración de los maestros llanamente con «el Caudillo», Vallejo Nájera observa un proceso de «decadencia» que tendría raíces políticas últimas. Su explicación, sin embargo, se desdibuja bajo una típica retórica falangista (vol. 2, p. 115):

Proviene la decadencia de nuestro genio racial de haberse empequeñecido el horizonte espiritual y las legítimas ambiciones de la raza, a fuerza de inyectarle ideas democráticas niveladoras de intelectos mediocres e inferiores, en lugar de fomentar aspiraciones imperialistas y ambiciones aristocráticas.

Como era de esperar bajo esta mistificación, la guerra –la sublevación militar– es el «crisol purificador» que habría permitido emerger de nuevo «la aurífera espiritualidad aristocrática de nuestro genio racial». Al otro lado, vencida, quedaba la «escoria de la villanía», una masa de «extranjerizantes mediocres e inferiores» sólo instigados en su actuación política y social por el resentimiento. Dios y la Patria son los referentes excelsos de aquella minoría selecta imbuida de ambición, capaz de renunciamentos y, por ello, vivero de estadistas, héroes, santos o próceres de la cultura y la ciencia. Junto a algunos personajes estimados eminentes en estos últimos ámbitos (Vives, Cervantes, Goya, Cajal), Vallejo Nájera extrae de la historia convencional otros

⁴³ *Curso...*, vol. 2, pp. 69-109. En definitiva, pese a su tono más suave, la postura de Talayero no es sustancialmente distinta a las comentadas. También lamentaba el influjo del pensamiento extranjero y criticaba acerbamente los sistemas renovadores que, a su juicio, sustituían el esfuerzo por el camino hedonista del juego, aunque aceptaba tales métodos en las escuelas del Ave María del Padre Manjón argumentando que aquí no constituían un fin en sí mismos, sino una vía para difundir la fe católica.

nombres también muy conocidos que, sin grandes intenciones analíticas, encaja en sus modelos político y religioso (Fernando el Católico, Gran Capitán, San Ignacio, Cisneros).⁴⁴ Pero, asimismo, introduce sin reparos ni críticas a personajes de cúspide del panorama universal por su éxito militar y su cualidad imperial (Napoleón), por su nuda defensa del catolicismo (Pío V) o por su proximidad y apoyo militar en aquellos momentos (Mussolini, Hitler).

Las conferencias resultan repetitivas, aunque no faltan matices propios. El comandante de infantería Julio Osle se preguntaba «Qué espera el ejército del magisterio primario», para recalcar la importancia de una enseñanza moral, patriótica y religiosa, conjuntamente con hábitos de disciplina. Antonio Tovar, Dionisio Ridruejo y Giménez Caballero ofrecían una traducción falangista/fascista de estos ideales, con varias referencias históricas en el primer caso. El motivo básicamente retórico del destino imperial hallaba en Tovar un tratamiento más realista del pasado, aunque breve, al evocar las secuencias «imperiales» de la historia de España. De forma análoga, en una sesión posterior, el teniente de navío Luis Huertas relacionaba la creación efectiva de imperios con el poderío marítimo.

Frente a la omnipresencia de la interpelación patriótico-religiosa, escasean en las intervenciones los aspectos económicos, sociales e institucionales y, cuando aparecen, suelen mostrarse subordinados a las emociones preconizadas. Los conflictos sociales y políticos quedan relacionados con la ausencia de aquellos ideales y, por tanto, su superación requiere una comunión global. Dos disertaciones se concentran en propuestas sociales a partir de un impulso religioso. Una, del clérigo Blas Goñi, promotor del catolicismo social en Navarra, giraba sobre las encíclicas papales dirigidas a atraer a los trabajadores. La de Eladio Esparza, gobernador civil de Álava, tenía un carácter netamente histórico, sobre el origen y significado de los gremios, cuyo sentido colaborativo y cuyo respeto a la jerarquía ve resquebrajados al formarse grandes concentraciones fabriles y mineras de trabajadores (vol. 2, pp. 345-353). La argumentación de este conferenciante adopta tintes irracionalistas y anti-intelectuales característicos del fascismo cuando afirma que aquel espíritu medieval encarnado por gremios y cofradías no provino de ningún economista ni ningún político...: «lo hizo un teólogo y lo hizo un poeta». Sin enlace claro, identifica ese espíritu con el existente «de cruzada» y con la promesa en el Fuero del Trabajo de impulsar el artesanado.

Dentro de «Metodología de la enseñanza», la inculcación de valores patriótico-religiosos preside la conferencia sobre historia de Antonio Martínez García, inspector general de los religiosos marianistas (vol. 1, pp. 438-451). Pero, tanto antes como después, fueron varios los disertadores que preconizaron una atención sobre personajes y obras tangibles o intangibles del pasado que vinieran a mostrar la grandeza alcanzada y las cualidades exaltadas (heroicidad, espiritualidad, disciplina). También aquí Romualdo de Toledo inició esa pauta al proponer sustituir la «historia contrahecha y triste» difundida durante más de un siglo por otra que re-

⁴⁴ Que esta disertación priorice bajo tintes fascistas al hombre combatiente puede explicar que no aparezcan referencias femeninas. De los Reyes Católicos, pese a su carácter mítico, sólo figura Fernando. En 1938 sí le dedicó una biografía al componente femenino el viejo ex-ministro conservador César Silió, aunque centrándose ampliamente en los episodios bélicos bajo tal reinado: *Isabel la Católica, fundadora de España. Su vida, su tiempo, su reinado (1451-1504)*, Librería Santarén, Valladolid. Motivado, según señalaba, por su afán de evasión en sus difíciles circunstancias personales iniciales en el Santander republicano, Silió se trasladaba de una guerra a otras de muy distinta cualidad. De febrero de ese mismo año es un folleto dirigido a los combatientes por la Delegación para Prensa y Propaganda sobre la misma reina castellana, donde el respeto mostrado y la celebración de sus dotes como estadista no eran óbice para atribuirle también cualidades hogareñas y rasgos físicos atrayentes (Pedro de Alvarado: «Los españoles de ayer. Isabel la Católica»).

flejara el papel defensivo y civilizador de España, subrayando hitos y procesos determinados (reconquista, América, Lepanto, Trento, desarrollo científico). Para Martínez García, por su parte, el objetivo central de promover el amor a la patria había quedado disuelto porque los historiadores liberales —«ateos, librepensadores, sectarios»— habían bebido de autores extranjeros que, en beneficio de sus propias historias nacionales e ídolos, desfiguraron la verdad y el significado de personajes como Felipe II. También descubría un interés liberal en deshacer la obra de los reyes y acentuar el protagonismo del pueblo, lo que estimaba incongruente por dirigir la atención hacia temas de civilización universal que, si bien podían calar en secundaria, resultaban inasimilables para niños cuyo mismo dinamismo connatural exigía una materia con hechos y figuras «en movimiento». Por otra parte, juzgaba que el pacifismo universal también pretendido, equiparable al preconizado en Ginebra, no pasaba de constituir una propuesta utópica e hipócrita por ignorar la existencia inquebrantable de fronteras. Tal como veía reflejado en Francia, obviando la frecuencia con que aquí ya se incorporaban temas de «civilización», debía enseñarse una historia nacional, factual, en torno a la cual giraran las de otros países.

A la hora de formular programas para los tres grados de primaria, el inspector marianista priorizaba, en efecto, la tradicional historia narrativa centrada en batallas, personajes y manifestaciones de fortaleza que ahora tenían la virtualidad añadida de inducir a enlaces con el presente por encima de toda diferencia contextual: Numancia y Sagunto ya testimoniaban el espíritu de resistencia del alcázar de Toledo; Viriato y Aníbal iniciaban la trayectoria valerosa que culminaba con Franco... Para primer grado (7-9 años), esos hechos y figuras debían presentarse al margen del tiempo y envolverse en una aureola de leyenda que suscitara admiración, mientras ya en segundo (9-11 años) debían trazarse unas coordenadas cronológicas, geográficas y contextuales, a la vez que sugería epígrafes de temas de civilización muy conectados a hechos y personajes («La batalla de las Navas de Tolosa: sus figuras y su tiempo», El Escorial). Para tercer grado (11-13 años), Martínez García proponía considerar sistemáticamente causas y consecuencias de los hechos, pero también mostrar el valor de los personajes como modelos a imitar y explicar los conceptos de hispanidad e imperio, con apoyo en láminas y mapas, para que el alumnado captara el papel misional y colonizador de España. Al afrontar la historia reciente, seguía ya el esquema «canónico» que presenta Valls Montés⁴⁵ de encomiar la dictadura de Primo de Rivera, denigrar el periodo republicano y justificar la sublevación militar y los cambios subsiguientes. La mejor ilustración la aportan los epígrafes con que cerraba su propuesta de temario: «Después de más de un siglo de decadencia, el General Primo de Rivera inicia un renacimiento imperialista...», «La masonería y el comunismo conjurados contra España...», «El 18 de julio de 1936. España lucha por la paz del mundo: sus héroes y sus mártires. Lugares de epopeya...», y otros similares.

El recurso al pasado también asoma en conferencias sobre otras asignaturas. En la referida a Geografía, el mismo inspector marianista, aparte de proponer lecturas literarias e históricas, incluye en el tratamiento de las regiones a personajes y monumentos evocadores (vol. 1, pp. 452-463). El tema final que sugería, sobre América y Filipinas, se titulaba «Prolongación espiritual de España». Más a fondo apelaba a la historia Tomás García de Diego al hablar sobre «pedagogía de la historia del arte», puesto que vinculaba obras y estilos con ciclos históricos y

⁴⁵ R. Valls Montés: *Historia y memoria escolar. Segunda República, Guerra Civil y dictadura franquista en las aulas (1938-2008)*, Universitat de València, Valencia, 2009.

resaltaba la proyección en el caso español de los ideales católicos. Como otros oradores, también rendía tributo retórico a la participación de musulmanes entre las tropas franquistas y a la ayuda recibida de los regímenes fascistas: bajo una concepción intemporal de las naciones, ensalzaba las conexiones artísticas y la fusión de estilos que en épocas diversas habrían implicado a España con los pueblos en cuestión (obras de la Roma imperial en Hispania, naturaleza germánica del arte visigodo, estilo mudéjar, variantes renacentistas con elementos italianos y musulmanes). Sólo un impulso emocional podía llevar a aceptar esa especie de ley de la continuidad histórica tan singular que ponía en el mismo cauce los contactos que en el pasado originaron influjos artísticos y los que ahora se daban por razón de la guerra, aunque también en algunos de aquellos casos cupiera papel a las armas.

Estas lecciones extraordinarias manifiestan que lo esencial en contenidos y aprendizaje de historia durante el franquismo ya estaba trazado en esta época inicial, lo que resulta consecuente con el asentamiento ya anterior de varios de esos planteamientos. De hecho, verdaderamente, las modalidades educativas progresistas sólo parcialmente habían arrebatado «cuota educativa» a estos esquemas tradicionales más arraigados, incluso durante la segunda república, como ya denunciaba Rafael Altamira⁴⁶ y han contemplado varios autores.⁴⁷ En el cursillo de maestros de 1938, el estímulo patriótico-religioso, unido convencionalmente a las ideas de un poder personalista y un orden social «armónico», induce a seguir defendiendo una historia factual, de reyes, héroes y santos, con cabida a algunos «sabios», mientras el nacionalismo en la reforma educativa republicana, tal como advierten algunos autores,⁴⁸ aparecía relacionado con ideas de democracia, ciudadanía y progreso. Las conferencias denotan asimismo la común sintonía con que, al margen de posibles rivalidades, expresaban sus directrices educativas los componentes de las distintas «familias» en estos orígenes del régimen dictatorial en plena guerra y bajo la presión, también, de las temidas actuaciones revolucionarias de la zona republicana.

A VISTA DE PÁJARO: UN DIFÍCIL BALANCE GLOBAL

Pretender un balance final comparando las posiciones observadas resulta arduo por su incommensurabilidad manifiesta. Si, como al final de un documental televisivo, sobrevolamos el terreno recorrido, oteamos una dispersión de parcelas de límites y cultivos distintos. Al reflexionar sobre el pasado, como sobre el presente, aparecen diferencias en interrogantes, puntos centrales, conceptos, significados, criterios subyacentes, esquemas interpretativos... Lo que para determinada línea o circunstancia resulta crucial, en otras puede ser colateral e incluso no aparecer, comenzando por el propio tema en cuestión. Además de la existencia de distintos medios e ideologías de base, la guerra y el hecho revolucionario introdujeron sesgos nuevos en visiones ya en candescencia bajo el marco republicano de 1931-36. Dos temas que encuentran en el pasado material para su construcción reflejan bien esas distancias y esos nuevos tonos: la idea nacional y las clases sociales.

⁴⁶ En «La enseñanza de la historia en España», dentro de *La enseñanza de la historia en las escuelas*, Museo Pedagógico Nacional, Madrid, 1934, pp. 37-70.

⁴⁷ Como M. Pérez Galán (1977), C. P. Boyd (2000), R. Valls Montés (2007), Castillejo (2000), Mainer Baqué (2009), J. M. Gómez Herráez (2010) y O. Duarte Piña (2015).

⁴⁸ Como M. M. del Pozo Andrés (2008), L. Campos Pérez (2010) y M. Márquez Padorno (2013).

En el universo observado, los planteamientos nacionalistas adquieren mayor visibilidad, con distinta dirección, en los trabajos de índole catalanista y, de forma más intensa y retórica, en el cursillo de maestros de la zona franquista. En el primer caso, la defensa expresa o subyacente del sistema republicano prevalece sobre la reivindicación soberanista. *Barcelona sense universitat...*, de Soldevila, es un libro académico y conmemorativo, menos clamoroso que otros suyos anteriores en su exposición de agravios históricos. *Fets d'armes de catalans*, de estímulo a los combatientes, no opone en ningún conflicto examinado a Cataluña con otros territorios españoles: lo hace frente a enemigos externos comunes y ante los procesos de centralización bajo la monarquía absoluta. En el cursillo franquista para maestros, bajo confluencia de idearios, impera la interpelación patriótico-religiosa en torno a una España uniforme y batalladora, lo que impulsa una historia narrativa de personajes egregios, triunfos bélicos, expediciones exteriores, objetivos evanescentes y algunas aportaciones culturales. De esa comunión de ideales, proyectada profesionalmente en la institución gremial, brota una sociedad integrada, la que ahora, tras restablecer las anteriores estructuras, procurarían el nuevo régimen político-militar y el naciente sindicalismo vertical.

En las demás intervenciones comentadas, de José Deleito y de distintas tendencias obreristas, no se aborda directamente la cuestión nacional, salvo puntualmente en algunas de Nin, por lo que sólo constatamos que se presuponen o se evocan bajo distintos conceptos las diferencias internas en España. Evidentemente, una profundización que incorporara otros textos permitiría considerar matices significativos: piénsese, por ejemplo, en la utopía planteada por el POUM –por otra parte, parcialmente coincidente con el anarquismo y con diferencias internas y cronológicas– de unos pueblos ibéricos independientes que, de forma anexa al impulso revolucionario, optarían por asociarse, incluyendo Portugal, como paso previo a una unión universal.

La consideración de las clases sociales y de sus relaciones entre sí es también sustancialmente distinta. Bajo las pretensiones integradoras en el cursillo de maestros de la zona franquista, se prescinde del concepto «clase social» y se asumen como naturales las diferencias de riqueza, entendidas por una división funcional de la población que no enturbia la posibilidad de compartir ideales básicos y eliminar todo riesgo de fricción. Deleito sí valoraba las segmentaciones sociales, pero prestaba mayor atención, como fenómenos relevantes en sí mismos, a las tensiones entre gobernados y gobernantes. Al analizar el restablecimiento del absolutismo por Fernando VII, distingue reacciones sociales distintas, pero como producto en gran medida cultural (salvando la defensa de privilegios señoriales y clericales): frente al liberalismo de algunos burgueses, aristócratas y clérigos ilustrados, lamenta el apoyo al rey del «pueblo», movido por emociones primarias, mientras en el presente los sectores populares sí defenderían ampliamente la república. La idea de unas capas populares más o menos cohesionadas frente a un enemigo común –señores feudales medievales, ahora los sublevados– preside también el discurso de Federica Montseny, la colección comunista de fascículos y, con menores connotaciones sociales, el libro *Fets d'armes de catalans*. En el estudio de Soldevila, ese entramado popular está también detrás del apoyo recibido por la Universitat de Barcelona tanto en su supresión como en su recomposición.

Los textos de orientación obrerista auscultados se refieren básicamente a conflictos sociales y políticos, pero aparecen divergencias conceptuales e interpretativas altamente relacionadas con el dilema presente de acometer o no la revolución. Mientras el poumista Andreu Nin estimaba negativamente la colaboración de los trabajadores con las fuerzas burguesas, lo que no

impidió su participación en el gobierno catalán, en los folletos bajo influjo estalinista se estima que en fases bélicas conviene cooperar con la pequeña burguesía y no promover intentos revolucionarios, pese a la experiencia rusa. La insistencia en el papel de las masas populares o del proletariado no significa en ninguna de estas tendencias –ni siquiera en la más «niveladora» del anarquismo, aquí ejemplificada en Montseny– que se prescindiera de elogiar un papel especial en los elementos dirigentes, comúnmente nombres carismáticos que aparecen como geniales estrategas y portadores de valores elevados.

REFERENCIAS

- ABÓS, Á. L., 2003. *La historia que nos enseñaron (1937-1975)*. Madrid: Foca.
- ALONSO GETINO, L. G., 1938. “La emigración de los eclesiásticos franceses en España durante la gran revolución”. *La ciencia tomista*, 57, 253-280.
- ALTAMIRA, R., 1934. “La enseñanza de la historia en España”. Altamira, R. (introd.) y otros. *La enseñanza de la historia en las escuelas*, 37-70. Madrid: Museo Pedagógico Nacional.
- ALTED VIGIL, A., 1984. *Política del nuevo Estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la guerra civil española*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- BAGUÉ, E. i VICENS VIVES, J., 1936. *Història. Primeres lectures*. Barcelona: Associació protectora de l'ensenyança catalana.
- BIBLIOTECA DEL PUEBLO (PCE), 1936-37. *Historia de las revoluciones sociales*, 20 fascículos. Barcelona: Hyma.
- BOYD, C. P., 2000. *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*. Barcelona: Pomares-Corredor.
- CÁMARA VILLAR, G., 1984. *Nacional-catolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*. Jaén: Hesperia.
- CAMPOS PÉREZ, L., 2010. *Los relatos de la nación. Iconografía de la idea de España en los manuales escolares (1931-1983)*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- CARRERAS, J. J. y RUIZ CARNICER, M. Á. (eds.), 1991. *La universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- CASTILLEJO, E., 2008. *Mito, legitimación y violencia simbólica en los manuales escolares de Historia del franquismo (1936-1975)*. Madrid: UNED.
- CÍRCULO INTERNACIONALISTA DE VALENCIA, 2017. *Las jornadas de mayo de 1937 en Barcelona. Internacionalismo y reacción burguesa. Antología*. Valencia.
- CORTADELLA, J., 2003. *Estudio preliminar en Bosch Gimpera, P. Etnología de la Península Ibérica*. Pamplona: Urgoiti.
- DE ALVARADO, P., 1938. “Los españoles de ayer. Isabel la Católica”. Folleto del Combatiente nº 1. Delegación del Estado para Prensa y Propaganda.
- DE LA CRUZ BAÑOS, I., 1936. *La Commune de París*. Santander: El Diario Montañés.
- DELEITO, J., 1911. *Fernando VII en Valencia el año 1814. Agasajos de la ciudad. Preparativos para un golpe de estado*. Madrid: Centro de Estudios Históricos.
- DELEITO, J., 1935. *El rey se divierte (Recuerdos de hace tres siglos)*. Madrid: Espasa-Calpe.
- DELEITO, J., 1936. “El palacio de Cervellón, incubador del primer golpe de estado contra la libertad, en poder del pueblo”. *El Mercantil Valenciano*, 23-agosto-1936.
- DELEITO, J., 1937. “El primer golpe de estado contra el régimen constitucional de España (Valencia, 1814)”. *Anales de la Universidad de Valencia, segunda época*, 2E, 1, 81-118.
- DEL POZO ANDRÉS, M. M., 2008. “Educación para la ciudadanía democrática en la Segunda República: un intento de construcción de la identidad nacional desde la escuela”. *Historia de la Educación*, 27, 105-135.
- DE PUELLES, M., 1991. *Educación e ideología en la España contemporánea*. Barcelona: Labor.
- DOMÍNGUEZ ARRIBAS, J., 2009. *El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista (1936-1945)*. Madrid: Marcial Pons.
- DUARTE PIÑA, O., 2015. *La enseñanza de la Historia en la educación secundaria: innovación, cambio y continuidad*. Tesis doctoral, Universidad de Sevilla.
- ESCOLAR SOBRINO, H., 1987. *La cultura durante la guerra civil*. Madrid: Alhambra.

- FERRER BENIMELI, J. A., 2006. "La conspiración judeomasónica". Egidio León, A. (ed.). Memoria de la Segunda República. Mito y realidad, 63-84. Madrid: Biblioteca Nueva.
- FONTANA, J. (introd.), 1999. Enseñar historia con una guerra civil de por medio. Barcelona: Crítica.
- GALLARDO FERNÁNDEZ, I. M., 2005. José Deleito y Piñuela y la renovación de la Historia en España. Antología de textos. Valencia: Universitat de València.
- GÓMEZ HERRÁEZ, J. M., 2010. Ideologías e intereses sociales bajo el franquismo (1939-1975). El recurso al pasado. Castellón: Universitat Jaume I.
- GÓMEZ HERRÁEZ, J. M., 2020. La historia que planteaba José Deleito en el aula (Facultad de Filosofía y Letras de Valencia, curso 1935-36). Pasado y Memoria, 21, 41-72.
- GRACIA ALONSO, F., 2003. Pere Bosch Gimpera. Universidad, política, exilio. Madrid: Marcial Pons.
- HERNANDO RICA, A., 2001. "Geografía e identidad nacional: las primeras geografías de Cataluña". Documents d'Anàlisi Geogràfica, 38, 55-86.
- INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN DE GINEBRA, 1932. El espíritu internacional y la enseñanza de la historia. Estudios presentados al tercer congreso internacional de educación moral. Madrid: Espasa-Calpe.
- INSTITUTO DE REFORMA AGRARIA, 1937. La reforma agraria en España. Sus motivos, su esencia, su acción. Valencia.
- JIMÉNEZ-LANDI, A., 1996. La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente. IV. Periodo de expansión influyente. Madrid: Editorial Complutense.
- JULIÁ, S., 2013. "La nación contra el pueblo: dos Españas y... ¿la tercera?". Morales, Fusi y De Blas (dirs.). Historia de la nación..., 733-751.
- LACLAU, E., 1978. Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo. Madrid: Siglo XXI.
- LÓPEZ BAUSELA, J. L., 2014. "Los programas de enseñanza primaria de 1938. Un currículo (inédito) para la escuela del nuevo Estado". Educación XX1, 17.1, 327-344.
- LORENZO VICENTE, J. A., 1998. "La enseñanza media en España (1938-1953). El modelo establecido en la ley de 20 de septiembre de 1938 y la alternativa del anteproyecto de 1947". Historia de la Educación, 17, 71-88.
- MAINER BAQUÉ, J., 2009. La forja de un campo profesional. Pedagogía y didáctica de las ciencias sociales en España (1900-1970). Madrid: CSIC.
- MARÍN SILVESTRE, D., s. f. "Michel pedagoga y poeta. El análisis y las enseñanzas de la Comuna en el movimiento libertario español". Louise Michel. Historia y recuerdos. Biblioteca anarquista, es.theanarchistlibrary.org.
- MÁRQUEZ PADORNO, M., 2013. "La idea de España en la Segunda República: la escuela". Morales, Fusi y De Blas (dirs.). Historia de la nación..., 723-732.
- MARTÍN MARTÍNEZ, L. P., 2002. "Una historia para la paz. Usos, orientaciones y revisiones históricas del pacifismo europeo (1899-1939)". Forcadell, C. y otros (coords.). Usos públicos de la historia. Actas VI Congreso de la Asociación de historia contemporánea (Zaragoza), I, 156-169.
- MARTÍNEZ AMUTIO, J., 1974. Chantaje a un pueblo. Memorias de la guerra civil española. Madrid: G. del Toro.
- MARX, ENGELS, LENIN, 1980. La Comuna de París. Madrid: Revolución.
- MAURÍN, J., 1966. Revolución y contrarrevolución en España. París: Ruedo Ibérico.
- MAYAYO, A., 2005. "El catalans als país dels soviets". L'Avenç, 304, 24-29.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL, 1938. Curso de orientaciones nacionales de la enseñanza primaria, 2 vols.. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez.
- MONTSENY, F., 1937. La Commune de París y la revolución española. Valencia: CNT-AIT.
- MORALES, A.; FUSI, J. P. y DE BLAS, A. (dirs.), 2013. Historia de la nación y del nacionalismo español. Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores.
- MORALES RUIZ, J. J., 2001. El discurso antimasonico en la guerra civil española (1936-1939). Zaragoza: Diputación General de Aragón.
- MUÑOZ I LLORET, J. M., 1997. Jaume Vicens i Vives. Una biografía intelectual. Barcelona: Edicions 62.
- NAVARRA ORDONO, A., 2016. El espejo blanco: Viajeros españoles en la URSS. Madrid: Fórcola.
- NAVARRO SANDALINAS, R., 1990. La enseñanza primaria durante el franquismo (1936-1975). Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias.
- NIN, A., 1971. Los problemas de la revolución española. Prefacio y comp. de Juan Andrade. París: Ruedo Ibérico.
- PALACIO LIS, I., 1985. Moral, pacifismo e historia. Implicaciones educativas en una Europa en crisis, 1900-1930. Valencia: Universitat de València.
- PANIAGUA, J., 1982. La sociedad libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español (1930-1939). Barcelona: Crítica.

- PASAMAR, G., 1991. "Oligarquías y clientelas en el mundo de la investigación científica: el Consejo Superior en la universidad de posguerra". Carreras y Ruiz Carnicer (eds.). *La universidad española...*, 305-340.
- PASAMAR, G., 2004. "El «uso público de la historia», un dominio entre la urgencia y el descontento". Forcadell, C. y otros (eds.). *Usos de la historia y políticas de la memoria*, 15-32. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- PÉREZ GALÁN, M., 1975. *La enseñanza en la Segunda República*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo.
- PUGÉS, M., 1931. *Cómo triunfó el proteccionismo en España (la formación de la política arancelaria española)*. Barcelona: Juventud.
- PUIGSECH FARRÀS, J., 2017. "La revolución rusa y España: una doble vertiente historiográfica". *Índice Histórico Español*, 130, 39-69.
- PUJOL I CASADEMONT, E., 2000. *Ferran Soldevila i la historiografia catalana del seu temps (1894-1971)*. Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.
- RIBAS, P., 1981. *La introducción del marxismo en España (1869-1939)*. Ensayo bibliográfico. Madrid: Ediciones de la Torre.
- RODRÍGUEZ DEL CAMPO, B., 2015. "Menéndez Pelayo: el prisionero de los heterodoxos". *Menéndez Pelayo. Cien años después*. Actas del congreso internacional, 43-52. Santander: UIMP.
- RUIZ SÁNCHEZ, J. L., 2005. "Reflexiones sobre la controversia clerico-másónica en la Restauración y Segunda República". *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 23, 153-176.
- SANTONJA GÓMEZ-AGERO, G., 1989. *La República de los libros. El nuevo libro popular de la II República*. Barcelona: Anthropos.
- SEGUÍ FRANCÈS, R., 2007. "El libro y el arte en la Valencia de la guerra". *La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, 12, 31-71.
- SERVEIS DE CULTURA AL FRONT, 1938. *Fets d'armes de catalans*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- SILIÓ, C., 1938. *Isabel la Católica, fundadora de España. Su vida, su tiempo, su reinado (1451-1504)*. Valladolid: Librería Santarén.
- SOLDEVILA, F., 1933. *Història de Catalunya. Primeres lectures. Curso superior*. Barcelona: Associació protectora de l'ensenyança catalana.
- SOLDEVILA, F., 1934-35. *Història de Catalunya*, 3 vols.. Barcelona: Alpha.
- SOLDEVILA, F., 1938. *Barcelona sense universitat. Historia de Catalunya i la restauració de la Universitat de Barcelona (1714-1837)*. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- TUÑÓN DE LARA, M., 1982. *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*. Barcelona: Bruguera.
- VALLS MONTÉS, R., 2007. *Historiografía escolar española: siglos XIX-XXI*. Madrid: UNED.
- VALLS MONTÉS, R., 2009. *Historia y memoria escolar. Segunda República, Guerra Civil y dictadura franquista en las aulas (1938-2008)*. Valencia: Universitat de València.
- VICENSIVIVES, J., 1936-37. *Ferran II i la ciutat de Barcelona, 1479-1516*, 3 vols.. Barcelona: Emporium.
- VILLALÁIN BENITO, J. L., 2002. "Introducción". *Manuales escolares en España*, vol. 3. Libros de texto autorizados y censurados (1874-1939). Madrid: UNED.
- VILLANUEVA ZARAZAGA, J., 2011. "La ley educativa de 1938 y su desarrollo en los cuestionarios y libros de texto de Geografía e Historia". Vicente y Guerrero, G. (ed.). *Historia de la enseñanza media en Aragón*, 581-603. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- WULFF ALONSO, F., 2003. *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*. Barcelona: Crítica.

